EL ARTE DE CONSPIRAR,

COMEDIA EN CINCO ACTOS, ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA (Fígaro.)

PERSONAJES.

MARIA JULIA, reina viuda, suegra de Cristiano VII, rey de Dinamarca.
EL CONDE BELTRAN DE RANTZAU, miembro del consejo de Estruansé, primer ministro.
FALKLEND, ministro de la guerra, miembro del consejo de Estruansé.
FEDERICO DE GELER, sobrino del ministro de marina.
CAROLINA, hija de Falklend.
KOLLER, coronel.
BERTON BURKENSTAF, mercader en sedas.
MARTA, su mujer.
EDUARDO, su hijo.
JUAN, mancebo de su tienda.
JORGE, criado de Falklend.
UJIER.
BERGEN, señor de la córte.
EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL SUPREMO DE JUSTICIA.
GRANDES, MILITARES, EMPLEADOS, PUEBLO.

La escena se supone pasar en Copenhague en enero de 1772.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio del rey Cristiano. A la izquierda la habitacion del rey. A la derecha la de Estruansé.

ESCENA PRIMERA.

KOLLER, *sentado á la derecha; al mismo lado* GRANDES DEL REINO, MILITARES, EMPLEADOS DE PALACIO, PRETENDIENTES *con memoriales, esperando la audiencia de* ESTRUANSÉ; *despues* BERGEN.

KOLLER. (*Mirando á la izquierda.*) ¡Qué soledad en las habitaciones del rey!—(*Mirando á la derecha.*) ¡Qué multitud á la puerta del favorito!... Si yo fuera poeta satírico, mi empleo era el mas á propósito... ¡Capitan de guardias en una córte donde un médico es primer ministro, la mujer del médico reina y el rey nada! ¡Ya se ve, un rey débil y enfermo! ¿Quién ha de mandar? ¡Paciencia!... Para eso está aquí la *Gaceta*, que ve en eso nuestra mayor felicidad... (*Leyendo para sí.*) ¡Hola!... Otro decreto... «Copenhague 14 de enero de 1772. Nos Cristiano VII, por la gracia de Dios rey de Dinamarca y de Noruega, por la presente hemos venido en confiar á S. E. el conde de Estruansé, primer ministro y presidente del consejo, el sello del Estado; y mandamos que todos los actos emanados de él se guarden, cumplan y obedezcan en todo el reino, sin mas requisito que su sola firma, y aunque

Nos no pongamos la nuestra...» Ahora comprendo la causa del gentio que acude esta mañana á cumplimentar al favorito... ¡Eh! ya es rey de Dinamarca... este decreto es una abdicacion del otro... (*Viendo llegar á Bergen.*) ¡Ah! ¡vos aqui, querido Bergen!

BERGEN. Si, coronel. ¿Veis qué gentío en la antecámara?

KOLLER. Aguardan que se levante el amo.

BERGEN. Desde que amanece le llueven las visitas.

KOLLER. Eso es muy justo. Ha hecho tantas él cuando era médico, que es razon que se las paguen ahora que es ministro. ¿Habeis leido la *Gaceta* de hoy?

BERGEN. No me hableis de eso... Todo el mundo está escandalizado. ¡Qué descaro! ¡Qué infamia!

UJIER. (*Sale de la habitacion de la derecha.*) S. E. el conde de Estruansé está visible.

BERGEN. ¡Perdonad! (*Se mete entre la multitud y entra en la habitacion de la derecha.*)

KOLLER. ¡Tambien este va á pretender! ¡Hé aquí los hombres que logran los empleos... y nosotros, por mas que pretendamos, nada!... Pues bien; antes morir que deberle la menor gracia... ¡Tengo demasiado orgullo para eso! Cuatro veces me ha negado ya... á mi... el coronel Koller, el grado de general, que tengo tan merecido aunque no deba yo decirlo... pues hace diez años que lo pretendo... Pero le ha de pesar... él sabrá quién soy yo... ¿No quiere comprar mis servicios?... Se los venderé á otros. (*Mirando al foro.*) La reina madre, Maria Julia; viuda, á su edad... demasiado pronto por cierto... ¡Es terrible! Razon tiene para aborrecerlos mas que yo.

ESCENA II.

La REINA, KOLLER.

REINA. ¡Ah! ¡sois vos, Koller! (*Mirando al rededor con inquietud.*)

KOLLER. Nada temais, señora; estamos solos: todos acaban de entrar á besar los piés de Estruansé y de la hermosa condesa... ¿Habeis hablado al rey?

REINA. Ayer, como teníamos convenido, le hallé solo en un cuarto retirado, triste, pensativo... se le caian las lágrimas, y estaba haciendo fiestas á su enorme perro, su fiel compañero, el único de sus dependientes que no le ha abandonado.—¡Hijo mio! le dije, ¿no me conoces? —Si, me contestó; sois mi madrastra... ¡No, no, añadió cariñosamente, mi amiga, mi verdadera amiga, porque me teneis lástima, me venis á ver!... y alargándome la mano, me decia afligido:—¡Veis qué malo estoy! Yo muero, señora, y no hay remedio para mi.

KOLLER. ¿No es cierto, pues, que esté privado del juicio, como quieren hacernos creer?

REINA. No, sino viejo antes de tiempo, aniquilado enteramente por escesos de toda especie: se han embotado sus facultades, y se ha debilitado su cabeza hasta el punto de no poder soportar el menor trabajo, la mas ligera ocupacion: hasta el hablar le cuesta un esfuerzo... pero al oir lo que se le dice, se animan sus ojos y brillan con una espresion particular. Ayer su semblante manifestaba muy al vivo cuanto sufria, y me dijo con una sonrisa amarga: Ya lo veis; todos me abandonan... ¿Y la condesa? ¿Y Estruansé?... Estruansé... ¡lo quiero tanto! ¿dónde está? que venga á curarme.

KOLLER. Entonces era ocasion de manifestarle... de abrirle los ojos...

REINA. Ya lo hice; pero era preciso mucho tino... ¿Sabeis lo que puede en el corazon de un enfermo pusilánime abatido, débil, un médico que le promete la salud... la vida?... ¡Es su oráculo... su amo... su Dios!—Empecé pues, por recordarle cuando ese hombre oscuro logró introducirse en palacio, á pretesto de la enfermedad del príncipe, y casi le hice ver que él lo mató errando torpemente la cura; le puse ante los ojos como despues su carácter intrigante logró granjearse su intimidad, y adulando sus pasiones llevarlo él mismo de esceso en esceso al estado de postracion en que se halla... con la idea sin duda de hacerse cada dia mas preciso, de dominarle mas y mas, y llegar á satisfacer los planes desmedidos de ambicion que la casualidad le ofrecia... Le hice ver que, léjos de emplear su ciencia en curarlo, su interés era mantenerle largos años en aquel estado doloroso de sufrimiento y de debilidad que tanto le atormenta, y con promesas y esperanzas mentidas, con consejos falsos y pérfidos, asustarlo, aislarlo, y arrancar de sus manos el poder. Se le presenté elevándose sucesivamente al rango de ayo del príncipe, de consejero, de conde... aspirando y logrando con escándalo del reino y con toda la osadia de un favorito hasta la mano de una mujer unida á la familia real por los vínculos de la sangre, montando su casa con la etiqueta y servidumbre palaciega, y hasta el punto de contar él, primer ministro, entre las damas de honor de esa su insolente esposa, la hija de otro ministro: le patenticé la conducta descabellada de su parienta traficando con su posicion, con su hermosura, con los empleos... Se le pinté, en fin, haciendo gala de su ilimitado poder, y burlándose casi en público de la aprension... de la nulidad, de la demencia de un rey á quien todo lo debe, y á quien manda como á un esclavo, ó mas bien como á un autómata... Al oir esto un rayo de indignacion brilló en aquel rostro desfigurado; sus facciones pálidas y ajadas se encendieron de repente, y con un tono que me sorprendió, empezó á esclamar á gritos:—¡Estruansé! ¡infame!... ¡Estruansé ¡que venga aquí! ¡quiero hablarle!

KOLLER. ¡Cielos!

REINA. De allí á poco vino Estruansé con aquel aire de superioridad... de seguridad... dirigiéndome al paso una sonrisa de triunfo y de desden. El rey estaba irritado... aquella era la ocasion... pero en vano. Yo los dejé solos é ignoro qué armas pudo emplear en su defensa: lo que sé es que este incidente ha contribuido á aumentar el ascendiente del favorito; que la condesa estaba anoche mas altanera que nunca, y que han llegado al ápice del poder: ese decreto que ha arrancado al infeliz monarca y que publica hoy la Gaceta oficial, revista al primer ministro, á nuestro mortal enemigo, de toda la potestad real...

KOLLER. Y el primer uso que hará de ella será contra vos señora; no dudaré que llegue su venganza hasta el punto de...

REINA. Si; y es preciso evitarlo... es preciso que hoy mismo... ¿Quién viene?

KOLLER. (*Mirando al foro.*) ¡Favoritos del favorito!... El sobrino del ministro de marina, Federico Geler... y Falklend, el ministro de la guerra... ese hombre que para adular á Estruansé no ha dudado en consentir la humillacion de hacer á su hija dama de honor de la condesa... Ella viene con él.

REINA. Si: Carolina: silencio delante de ella.

ESCENA III.

GELER, CAROLINA, FALKLEND, *la* REINA, KOLLER.

GELER. (*Dando la mano á Carolina.*) Si; hoy acompaño á la condesa Estruansé en la magnífica cabalgata que ha dispuesto... Si vierais, Carolina, ¡qué bien se tiene á caballo... con un aire!... ¡oh! ¡aquello no es una mujer!

REINA. (*A Koller.*) No; es un sargento de caballería.

CAROLINA. (*A Falklend.*) ¡La reina madre!... (*Los tres la saludan.*) Señora, iba á ver á V. M.

REINA. (*Con sorpresa.*) ¿A mí?

CAROLINA. Tenia encargo de hacer á V. M. una súplica.

REINA. Esta es la mejor ocasion.

FALKLEND. Hija mia, te dejo; voy al cuarto del conde de Estruansé, nuestro primer ministro.

GELER. Yo os acompaño: tengo que cumplimentarle por mí y por mi tio, el ministro de marina, que está hoy algo indispuesto.

FALKLEND. ¿De veras?

GELER. Si; ayer tarde acompañó á la condesa Estruansé en el paseo que dió en la falúa real... y el mar le ha hecho daño...

REINA. ¡A un ministro de marina!

GELER. ¡Oh! ¡no será nada!

FALKLEND. (*Viendo á Koller.*) ¡Ah! buenos dias, coronel Koller... Ya sabeis que no me olvido de vuestra pretension.

REINA. (*Aparte á Koller.*) ¿Vos pretendeis de ellos?...

KOLLER. (*Idem.*) Por alejar toda sospecha.

FALKLEND. Por ahora, amigo, no hay cabida: la condesa Estruansé nos ha recomendado á un jóven oficial de dragones...

GELER. ¡Hermosa figura! En el último baile se llevó la atencion bailando la húngara.

FALKLEND. Pero ya veremos; entrareis á la primera promocion de generales, si continuais sirviéndonos con el mismo celo.

REINA. ¡Y si aprendeis á bailar!

FALKLEND. (*Sonriéndose.*) ¡S. M. está hoy de un humor graciosísimo!... Veo que participa de la satisfaccion que nos causa á todos el nuevo favor concedido á Estruansé... Tengo el honor de ofrecer á V. M. mis respetos. (*Entrase por la derecha con Geler.*)

ESCENA IV.

CAROLINA, *la* REINA, KOLLER.

REINA. Hablad, pues, señorita: veniais...

CAROLINA. Señora, la condesa Estruansé me ha rogado...

REINA. ¡La condesa Estruansé!... (*A Koller.*) ¿Qué embajada será esta?

CAROLINA. Que diese parte á V. M. de que mañana da un baile en su palacio, y le suplicase al mismo tiempo en su nombre que se dignase honrarlo con su presencia...

REINA. ¿Yo?... (*A Koller.*) ¡Qué insolencia! (*Alto.*) Con que un baile...

CAROLINA. Sí, señora: ¡un baile magnífico!...

REINA. ¡Para celebrar sin duda su nuevo triunfo!... Y tiene la bondad de convidarme... ¡á mí!

CAROLINA. Señora... ¿qué le diré?...

REINA. Que no.

CAROLINA. ¡Señora!... ¡V. M. se niega!...

REINA. ¿Y quereis que os dé las razones, no es verdad? ¡Aun no he olvidado el decoro que se me debe como reina y como mujer, y nunca autorizaré con mi presencia el escándalo de esos saraos, el olvido del pudor, el desprecio de las costumbres públicas! ¡Donde presiden Estruansé y su mujer... donde reinan la traicion y la deshonra... no hay sitio para mí... ni para vos tampoco, señorita!... ¡Y ya creo que lo hubierais echado de ver, si vuestro padre, atento solo á su ambicion, al permitiros alternar en semejante sociedad, no os mandase sin duda cerrar los ojos sobre lo que allí pasa!...

CAROLINA. Ignoro, señora, lo que puede motivar la severidad y el rigor que V. M. manifiesta... y no entraré en una discusion ajena de mi edad y mi conducta. Sumisa á mis deberes, yo obedezco á mi padre y nada mas... á nadie tengo motivo de acusar, porque nada he visto... ¡Si á mí me acusaren, dejaré á mi conducta el cuidado de mi defensa!... A los piés de V. M. (*Saludando.*)

REINA. ¿Os vais?... ¿tanta prisa corre la contestacion?...

CAROLINA. No, señora... otros quehaceres...

REINA. ¡Ah! sí, se me habia olvidado... ya sé que vuestro padre tambien da hoy un convite... ¡No se ve otra cosa! ¿Una gran comida, segun creo, á que deben asistir todos los ministros?

CAROLINA. Sí, señora.

KOLLER. ¡Convite diplomático!

REINA. Tiene otro motivo además: vuestro contrato de boda...

CAROLINA. ¡Cielos!

REINA. Con Federico Geler, el que acabamos de ver... el sobrino del ministro de marina... ¿Qué, no lo sabiais? ¿Es esta la primera noticia?

CAROLINA. Sí, señora.

REINA. Siento habérosla dado, porque parece que no os ha agradado...

CAROLINA. Señora, mi obligacion y mi deseo serán siempre obedecer á mi padre. (*Saluda y vase.*)

ESCENA V.

La REINA, KOLLER.

REINA. Ya lo habeis oido, Koller... esta tarde en el palacio del conde de Falklend... ese convite donde se hallarán reunidos Estruansé y sus colegas... Eso es lo que iba á contaros cuando vinieron á interrumpirnos.

KOLLER. Y bien, señora, ¿qué hacemos con eso?

REINA. (*En voz baja.*) ¡Cómo! ¡qué hacemos!... ¿No veis como el cielo nos entrega así á todos nuestros enemigos de una vez? Es preciso apoderarnos de ellos.

KOLLER. ¿Qué decís?

REINA. El regimiento que vos mandais está de guardia en palacio esta semana... podeis disponer de él... y sobra para una empresa que solo pide prontitud y osadía.

KOLLER. ¿Y creeis?...

REINA. Por lo que he visto ayer, el rey á causa de su debilidad no tomará ningun partido, pero aprobará seguramente todos los que se tomen. Una vez destituido Estruansé, no faltarán pruebas contra él... pero lo primero es echarlo abajo... es cosa fácil... si he de creer esta lista que me habeis dado, y que os devuelvo. Es el único medio de acabar con ese usurpador... y tomar yo la regencia en nombre de Cristiano VII.

KOLLER. Teneis razon, un golpe atrevido: es lo mas pronto... Esto vale mas que todas esas intrigas diplomáticas, de que no entiendo una palabra. ¡Esta tarde os entrego

los ministros, muertos ó vivos!... Nada de perdon... El primero Estruansé... Geler, Falklend y el conde Beltran de Rantzau!...

Reina. No, no; á ese no hay que tocarle.

Koller. A ese mas que á ninguno; le aborrezco personalmente: sus chanzonetas continuas contra los oficiales palaciegos, soldados de antecámara, como él los llama...

Reina. ¿Y qué os importa eso?...

Koller. Es que lo dice por mí, bién lo entiendo... y me vengaré...

Reina. Bueno; pero no ahora.—Necesitamos de él... lo necesitamos mucho para que ponga de nuestra parte al pueblo y á la córte. Su nombre, sus riquezas, sus talentos personales pueden dar consistencia á nuestro partido... que no la tiene; porque todos esos nombres que me habeis enseñado valen poco... son de ninguna influencia; y no basta derribar á Estruansé, es preciso que uno ocupe su lugar... y sobre todo que sepa mantenerse en él.

Koller. Convengo... ¡pero ir á buscar aliados entre vuestros enemigos!...

Reina. Rantzau no lo es: tengo pruebas de ello: ha podido perderme mil veces, y no tan solo no lo ha hecho, sino que en mil ocasiones me ha advertido indirectamente los riesgos á que iba á esponerme mi imprudencia: por último, estoy segura de que Estruansé, su colega, le teme y quisiera deshacerse de él; que él por su parte aborrece á Estruansé y veria con placer su caida... Ya veis... de esto á ayudarnos, no hay mas que un paso...

Koller. Es verdad... pero yo no puedo sufrir á ese Beltran de Rantzau... es un viejecillo maligno, que aunque en verdad no es enemigo de nadie, tampoco es amigo mas que de sí propio. Si conspira, es solo en provecho suyo... ¡todo para él!... ¡en fin, un conspirador egoista, con el cual nada se puede ganar!...

Reina. Estais equivocado... (*Mirando hácia la izquierda.*) ¡Mirad! ¿lo veis en aquella galeria conversando con el gran chambelan?... Sin duda irá al consejo... Dejadnos; antes de atraerlo á nuestro partido, ni descubrirle nada de nuestros proyectos, quiero saber como piensa.

Koller. ¡Trabajo os mando, señora!—De todos modos, voy por el pronto á hacer que algunos de los nuestros se repartan por la ciudad y vayan preparando la opinion pública. Herman y Gustavo son conspiradores subalternos... á esos no hay sino pagarlos... Hasta la tarde; contad conmigo y con el sable de mis soldados... En materia de conspiraciones esto es lo que hay mas positivo. (*Vase por el foro, señalando á Rantzau, que sale por la izquierda.*)

ESCENA VI.

Rantzau, *la* Reina.

Reina. (*A Rantzau, que la saluda.*) Vos tambien, señor conde, venis á palacio á felicitar á vuestro muy alto y muy poderoso colega...

Rantzau. ¿Y quién os dice, señora, que no vengo para hacer la córte á V. M.?

Reina. Eso seria muy generoso... muy digno de vos; por otra parte, en el momento en que estoy mas en desgracia... en que voy á ser desterrada tal vez...

Rantzau. ¿Creeis que se atreverian?...

Reina. Eso os podria yo preguntar á vos, Beltran de Rantzau, ministro, y de influencia... á vos, miembro del consejo.

Rantzau. ¡Yo! ignoro cuanto en él pasa... nunca voy. Sin deseos, sin ambicion, no aspirando á otra cosa que á separarme de los negocios, ¿qué podria yo hacer en él? Todo lo mas tomar á veces la defensa de algunos amigos imprudentes... lo cual podria muy bien sucederme hoy mismo.

Reina. ¿Vos que afectabais no saber nada... sabeis pues?...

Rantzau. Lo que pasó ayer en la cámara del rey... si por cierto... Convenid conmigo que fué raro empeño el de querer probarle absolutamente que su favorito... ¡Oh! V. M. no podia tener razon.

Reina. ¡Es decir que me reconvenis por mi fidelidad á Cristiano, á un rey desgraciado!... ¡Suponeis que no se puede tener razon cuando se intenta quitar la máscara á los traidores!

Rantzau. Cuando no se consigue, si, señora.

Reina. Y si yo lo consiguiese, ¿podria contar con vuestro ausilio, con vuestro apoyo?

Rantzau. (*Sonriéndose.*) ¡Mi apoyo! ¿eso me decis á mí, que en semejante caso tendria por el contrario que reclamar el vuestro?

Reina. (*Con energía.*) Y lo tendriais... os lo juro... ¿Me hareis vos igual juramento, no digo antes, pero despues del peligro?

Rantzau. ¿Es decir que le hay?

Reina. ¿Puedo fiarme de vos?

Rantzau. No sé... pero me parece que soy ya depositario de algunos secretos que hubieran podido perder á V. M. y que jamás...

Reina. (*Con viveza.*) Lo sé. (*A media voz.*) ¿Esta tarde teneis en casa del ministro de la guerra, el conde de Falklend una gran comida, á la cual asistirán todos vuestros colegas?...

Rantzau. Si, señora; y mañana un gran baile, al cual asistirán tambien. Así tratamos nosotros los negocios. Yo no sé si el gobierno marcha; lo que sé es que baila mucho.

Reina. (*Con misterio.*) Pues bien; si quereis creerme, estaos en vuestra casa.

Rantzau. (*Mirándola con penetracion.*) ¡Ya! desconfiais de la comida... no valdrá nada.

Reina. Precisamente... no os digo mas.

Rantzau. (*Sonriéndose.*) ¡Confianzas á medias! ¡Cuidado! yo puedo divulgar los secretos que adivino... pero nunca los que me confian.

Reina. Teneis razon: prefiero deciroslo todo. Buen número de soldados á mis órdenes bloquearán el palacio de Falklend, se apoderarán de las salidas.

Rantzau. (*Con aire incrédulo.*) ¿Ellos por si solos, y sin jefe?

Reina. Koller los manda; Koller, que no reconoce mas órdenes que las mias, se precipitará con ellos por las calles de Copenhague, gritando: ¡los traidores han concluido! ¡viva el rey! ¡viva María Julia! En seguida nos dirigimos á palacio, en donde, si nos ayudais, el rey y los grandes del reino se declaran por nosotros, me proclaman regenta, y desde mañana soy yo, ó mas bien vos y Koller, quien dicta leyes á Dinamarca... Ese es mi plan y esos mis designios; ya los conoceis: ¿quereis entrar en ellos?

Rantzau. (*Friamente.*) No, señora; hasta quiero ignorarlos.

enteramente, y juro á V. M. que los proyectos que acaba de confiarme morirán conmigo, cualquiera que sea su éxito.

REINA. Os negais á ayudarme, vos, que habeis tomado siempre mi defensa, vos, en quien yo confiaba...

RANTZAU. ¡Para conspirar!... V. M. se equivocaba.

REINA. ¿Y por qué?

RANTZAU. Señora... si he de hablar francamente...

REINA. Lo veo... que me vais á engañar.

RANTZAU. (*Friamente.*) No: ¿con qué objeto? Hace mucho tiempo que me he desengañado de conspiraciones, y os diré porqué. He observado que los que se esponen, rara vez sacan provecho de ellas; trabajan siempre para otros, que vienen despues con sus manos lavadas á recoger sin peligro el fruto que aquellos han sembrado fuerza de riesgos. Semejante albur solo pueden correrle los muchachos, los locos, los ambiciosos que no ven claras las cosas. Pero yo raciocino: ¡tengo sesenta años, algun poder, riquezas!... Iria yo á comprometer todo eso, aventurar mi posicion, mi crédito... ¿y para qué?...

REINA. ¡Para llegar al primer puesto! ¡para ver á vuestros piés á un colega, á un rival, que trata él mismo de derribaros!... Si... sé... á no poderlo dudar, que Estruansé y sus amigos quieren separaros del ministerio.

RANTZAU. Eso dice todo el mundo, y yo no puedo creerlo. Estruansé es mi protegido, mi hechura, yo le he puesto donde está... (*Sonriéndose.*) Verdad es que algunas veces lo ha olvidado; convengo en ello: ¡pero en su posicion es difícil tener memoria! Por lo demás, fuerza es confesarlo, es un hombre de talento, un hombre superior, que tiene altas miras por la prosperidad del reino y medios de llevarlas á cabo; es un hombre, en fin, con quien puede uno dividir el poder sin mengua... Pero ¡un Koller, un soldado oscuro, cuya sedentaria espada no ha salido nunca de la vaina, un agente intrigante, que ha vendido hasta la presente á cuantos le han comprado!...

REINA. ¡Quereis mal á Koller!

RANTZAU. ¡Yo! yo no quiero mal á nadie... pero muchas veces digo para mi: que un cortesano, que un diplomático sea diestro, intrigante y aun algo mas... ¡vaya! es su oficio; ¡pero que un militar, que como base del suyo debe profesar lealtad y franqueza, trueque la espada por el puñal!... Un militar intrigante... un traidor con uniforme... ese es el ente mas vil: y acaso hoy mismo os pese de haberos fiado de él.

REINA. ¿Qué importan los medios, si se consigue el objeto?

RANTZAU. ¡Es que no le conseguireis! Nadie verá en ese negocio sino los proyectos de una venganza ó de una ambicion personal. ¿Y qué le importa al pueblo que os vengueis de la condesa, vuestra rival, y que de resultas de esa cuestion de familia logre el caballero Koller un buen empleo? ¿Qué significa una intriga de córte, en la cual el pueblo no toma parte? Para que un movimiento de esa especie sea duradero y estable, es preciso que esté preparado ó hecho por él: y para eso es necesario que estén en juego sus intereses... ó que se lo hagan creer al menos. Entonces se levantará, entonces no hay mas que dejarle: él irá mas léjos de lo que se quiera. ¡Pero cuando uno no tiene de su parte la opinion pública, es decir, la nacion... puédense suscitar motines, complots, rebeliones, pero no llevar á cabo revoluciones!... Esto es lo que os sucederá.

REINA. Enhorabuena; aunque fuera cierto eso, aunque mi triunfo no hubiese de durar mas que un dia, me habria vengado á lo menos de todos mis enemigos.

RANTZAU. (*Sonriéndose.*) Ved ahí otra nueva razon que os impedirá triunfar. Os domina la pasion, el rencor... Cuando se conspira, no se debe tener odio, porque ciega y quita la serenidad. No se debe aborrecer á nadie, porque el que hoy es enemigo puede ser amigo mañana... Por otra parte, si os dignais dar crédito á los consejos que me dicta mi mucha esperiencia, el arte consiste en no entregarse á nadie, en no tener mas cómplice que uno mismo; yo, que os hablo en estos términos, yo, que aborrezco las conspiraciones, y que por consiguiente no conspiraré... si diese alguna vez en la tentacion, aunque fuese por V. M. y en su favor... os juro que vos misma no sabriais nada, y ni aun lo sospecharíais.

REINA. ¿Qué quereis decir?

RANTZAU. Gente viene.

ESCENA VII.

Dichos; EDUARDO, *dejándose ver en la puerta del fondo en conversacion con los ujieres de la cámara.*

REINA. ¡Ah! Es el hijo de mi mercader de sedas, Eduardo Burkenstaf... Llegad... acercaos... ¿qué me quereis? Hablad sin temor. (*Bajo á Rantzau.*) Es preciso irse haciendo popular.

EDUARDO. Señora, he venido á palacio con mi padre, que traia unas muestras á la condesa Estruansé, y tambien, segun tengo entendido, á V. M.; y mientras le den audiencia... venia... será acaso demasiado atrevimiento en mí... á pedir á V. M. una gracia...

REINA. ¿Qué gracia?

EDUARDO. ¡Ah! apenas me atrevo... es tan terrible esto de pedir... ¡sobre todo cuando no tiene uno derecho alguno en que fundarlo!

RANTZAU. Este es el primer pretendiente á quien oigo hablar en estos términos; cuanto mas os miro, jóven, mas me convenzo de que no es esta la primera vez que nos vemos.

REINA. En los almacenes de su padre... almacen del Sol de Oro. Berton Burkenstaf... el negociante mas rico de Copenhague.

RANTZAU. No... no ha sido allí... sino en los salones de mi terrible compañero el conde de Falklend, ministro de la guerra...

EDUARDO. Si, señor... he sido dos años su secretario privado; mi padre lo habia querido; deseando proporcionarme una carrera brillante, habia logrado este favor por empeño de la señorita de Falklend, que solia venir á nuestros almacenes, en vez de dejarme en su profesion, que acaso me hubiera estado mejor.

RANTZAU. (*Interrumpiéndole.*) No por cierto; mas de una vez he oido á Falklend, naturalmente severo y descontentadizo, hacer elogios de su secretario.

EDUARDO. (*Inclinándose.*) ¡Bondad suya! (*Con frialdad.*) Hace quince dias que me ha quitado ese destino y me ha despedido de su casa.

REINA. ¿Y por qué?

EDUARDO. Lo ignoro. Era dueño de despedirme; ha usado de su derecho, y no me quejo. Vale tan poco en el

mundo el hijo de un comerciante, que no se le deben satisfacciones de los desaires que se le hacen. Solo quisiera...

REINA. Otro destino... nada mas justo.

RANTZAU. (*Sonriéndose.*) Cierto; y puesto que el conde ha cometido la torpeza de privarse de vuestros servicios... Los diplomáticos nos apresuramos á aprovecharnos de los descuidos de nuestros compañeros: yo os ofrezco en mi casa lo mismo que teniais en la suya.

EDUARDO. (*Con viveza.*) ¡Ah! señor, eso seria para mí ganar cien veces mas de lo que he perdido; pero soy tan desgraciado que no puedo aceptar.

RANTZAU. ¿Por qué?

EDUARDO. Perdonad: no puedo decirlo... pero quisiera ser oficial... quisiera... y no puedo pedirlo directamente al señor ministro de la guerra. (*A la reina.*) Venia, pues, á suplicar á V. M. que se dignase interesarse por mí; una charretera en cualquier arma, en cualquier regimiento. Os juro que la persona á quien yo deba este favor, no tendrá nunca por que arrepentirse de habérmele dispensado, y que mi vida estará á su disposicion.

REINA. (*Con viveza.*) ¿Decis verdad? ¡Ah! Si solo dependiese de mí, desde este momento quedariais nombrado; pero en la actualidad tengo poco favor...

EDUARDO. ¿Es posible? ¡Entonces mi único recurso es la muerte!

RANTZAU. (*Acercándose á él.*) Eso seria muy sensible, sobre todo para vuestros amigos, y como yo desde hoy entro en ese número....

EDUARDO. ¿Qué oigo?

RANTZAU. Probaré á título de tal lograr de mi colega...

EDUARDO. (*Con calor.*) ¡Ah! ¡señor, os deberé mas que la vida! (*Con alegría.*) ¡Podré hacer uso de mi espada como caballero!... Ya no seré el hijo de un comerciante, y si me insultan, tendré el derecho de matar ó morir.

RANTZAU. (*Reconviniéndole.*) Caballerito...

EDUARDO. (*Con viveza.*) O mas bien, vos sereis dueño de mi existencia: no soy ingrato.

RANTZAU. Os creo, amigo mio, os creo. (*Señalándole la mesa.*) Escribid vuestro memorial; yo le haré decretar por Falklend, á quien debo ver en el consejo. (*A la reina, mientras que Eduardo escribe.*) ¡Hé aquí un corazon entusiasta y generoso; una cabeza capaz de todo!

REINA. ¿Es decir que creeis en ese?

RANTZAU. Señora, yo creo en todos... hasta los veinte años... pero despues, ya es otra cosa.

REINA. ¿Por qué?

RANTZAU. ¡Porque entonces son hombres!

REINA. Es decir que creeis que se puede contar con él, y que para sublevar al pueblo, por ejemplo, es el hombre que necesitamos...

RANTZAU. No... hay algo mas que ambicion en esa cabeza, y yo en vuestro lugar... pero V. M. hará lo que guste. Advierta V. M. que yo no la aconsejo, que yo no aconsejo nada. (*Eduardo, que ha acabado su memorial, le presenta al conde. Al mismo tiempo se oye á Berton gritar afuera*: ¡Esto no se concibe!... ¡es inaudito!)

EDUARDO. ¡Cielos! ¡la voz de mi padre!

RANTZAU. No podia venir mas á tiempo.

EDUARDO. ¡Ah! no, señor, no: os suplico que no sepa nada. (*Entre tanto la reina ha atravesado el teatro, hácia la izquierda, y Rantzau le arrima un sillon.*)

ESCENA VIII.

RANTZAU; *la* REINA, *sentada*; BERTON, EDUARDO.

BERTON. (*Irritado.*) Si no estuviese en palacio, y no supiese el respeto que se debe...

EDUARDO. (*Saliéndole al encuentro, y enseñándole la reina.*) ¡Padre!

BERTON. ¡Ah! ¡La reina!...

REINA. ¿Qué tencis, señor Berton Burkenstaf?

BERTON. Perdonad, señora; estoy confundido, desesperado... Sé que la etiqueta prohibe un arrebato como el mio en un palacio real, y sobre todo delante de V. M.; pero despues del ultraje que se acaba de hacer en mi persona á todo el comercio de Copenhague, que represento...

REINA. ¿Cómo es eso?

BERTON. Hacerme esperar dos horas y un cuarto con mis muestras en una antecámara... á mí, Berton de Burkenstaf, síndico del comercio, para enviarme á decir por un ujier: «Vuelva V. otro dia, amigo mio; la señora condesa no puede ver esas muestras, porque está indispuesta.»

RANTZAU. ¿Es posible?

BERTON. Y si hubiera sido cierto, ¡vaya! hubiera gritado el primero: ¡Viva la condesa! (*A media voz.*) Pero es bueno saber... ¿Creo que puedo esplicarme sin temor delante de V. M.?

REINA. Seguramente.

BERTON. Pues no bien me habian dado el recado, cuando desde la ventana de la antecámara donde yo estaba, y que da sobre el parque, veo á la señora condesa paseándose alegremente agarrada del brazo de un oficial de dragones...

REINA. ¿De veras?

BERTON. Y riéndose con él á carcajadas... de mí, sin duda.

RANTZAU. (*Sériamente.*) ¡Oh! no, no; eso no es creible.

BERTON. Si tal, señor conde; estoy seguro; y á fé que en lugar de burlarse de un síndico, de un vecino respetable que paga exactamente al estado su patente y su contribucion, la señora condesa podria ocuparse en los negocios de su casa y de su marido, que no están muy bien parados.

EDUARDO. ¡Padre... por Dios!...

BERTON. No soy mas que un comerciante, es verdad; pero todo lo que se fabrica en casa me pertenece; en primer lugar mi hijo, que está presente; porque mi mujer Ulrica Marta, hija de Gelastern, el burgomaestre, es una mujer honrada que ha andado siempre derecha, por lo cual me paseo por todas partes con la cabeza erguida; y hay algunas personas muy encopetadas en Copenhague que no pueden decir otro tanto.

RANTZAU. (*Con dignidad.*) Señor Burkenstaf...

BERTON. No nombro á nadie... ¡Dios proteja al rey! Pero por lo que hace al señor favorito y á la señora condesa, es harina de otro costal.

EDUARDO. ¿Pensais lo que decis? Si os oyesen...

BERTON. Me oirian. ¡Y qué! ¡No tengo miedo á nadie! Tengo ochocientos artesanos á mi disposicion... Sí, pardiez; pues qué, ¿soy yo como mis compañeros, que traen sus géneros de Paris ó de Lyon? Yo fabrico los mios aquí, en Copenhague, donde mis talleres ocupan todo un arrabal, y si tratasen de jugarme una mala partida, si se atreviesen á tocarme al pelo de la ropa... ¡Justicia

divina!... ¡habria una revolucion en la ciudad!

RANTZAU. (*Con viveza.*) ¿De veras? (*Aparte.*) Bueno es saberlo. (*Mientras que Eduardo procura calmar á su padre, llevándole á un lado de la escena, Rantzau, que está de pié á la izquierda junto al sillon de la reina, le dice á media voz, señalando á Berton.*) Ahí teneis el hombre que necesitais para jefe.

REINA. ¿Qué decis? ¿un fatuo, un necio?...

RANTZAU. ¡Tanto mejor! un cero bien colocado tiene un gran valor; es un hallazgo ese hombre para ponerle en primer término; si yo hubiese de tomar cartas en el juego, si yo esplotase á ese negociante, me produciria un ciento por ciento de beneficio.

REINA. (*A media voz.*) ¿Lo sentis como lo decis? (*Levantándose y dirigiéndose á Berton.*) Señor Berton Burkenstaf...

BERTON. (*Inclinándose.*) ¡Señora!

REINA. Me es muy sensible que os hayan faltado; yo honro el comercio, quiero protegerle, y si puedo haceros algun servicio á vos personalmente...

BERTON. Señora, ¡cuánta bondad! Puesto que V. M. se digna animarme, una gracia solicito hace mucho tiempo, el título de mercader de sedas de la corona.

EDUARDO. (*Tirando de su casaca.*) Pero ese título lo tiene ya el señor Revantlow, vuestro compañero.

BERTON. Que no trabaja, que se quiere retirar del comercio, que no tiene surtido ninguno... y aunque fuese esto una morisqueta que yo le jugase... Ya has oido que S. M. quiere proteger el comercio; me atrevo á decir que yo tengo derecho en ese sentido á la proteccion de S. M.; porque al fin, de hecho yo soy el proveedor de la córte. Hace mucho tiempo que vendo á V. M.; vendia á la señora condesa... cuando no estaba indispuesta; he vendido esta mañana á S. E. el señor conde de Falklend, ministro de la guerra, para el próximo casamiento de su hija...

EDUARDO. (*Con viveza.*) De su hija... ¡Se casa!...

RANTZAU. (*Mirándole.*) Efectivamente; con el sobrino del conde Geler, nuestro colega.

EDUARDO. ¡Se casa!

BERTON. ¿Qué te importa?

EDUARDO. Nada... me alegro por vos.

BERTON. Si por cierto; haré negocio...

RANTZAU. Ya veo á Falklend; pasa al consejo.

REINA. ¡Ah! no quiero verle. Adios, conde; adios, señor Burkenstaf; no tardareis en tener órdenes mias.

BERTON. Seré nombrado... me la llevaré... Corro á decírselo á mi mujer: ¿vienes, Eduardo?

RANTZAU. ¡No; todavía no!... tengo que hablarle. (*A Eduardo, mientras que Berton se va por el foro.*) Esperadme allí. (*Le señala la izquierda.*) En aquella galería; sabreis al momento la respuesta del conde.

EDUARDO. (*Inclinándose.*) ¡Señor!

ESCENA IX.

RANTZAU; FALKLEND, *entrando por la derecha.*

FALKLEND. (*Pensativo.*) ¡Estruansé se equivoca! Su posicion es demasiado elevada para tener nada que temer; puede atreverse á todo. (*Viendo á Rantzau.*) ¡Ah! ¿sois vos, querido colega? Eso es lo que se llama exactitud.

RANTZAU. Contra mis costumbres... porque asisto raras veces al consejo.

FALKLEND. Todos nos quejamos de eso.

RANTZAU. ¿Qué quereis? á mi edad...

FALKLEND. Es la edad de la ambicion, y se me figura que no teneis bastante.

RANTZAU. Son tantos los que tienen de mas la que á mi me falta... ¿De qué se trata hoy?

FALKLEND. De un asunto bastante delicado. Se nota estos dias un abandono, un desenfreno...

RANTZAU. ¿En palacio?

FALKLEND. No; en la ciudad. Se habla con toda libertad, y se habla mal, segun parece, del primer ministro y de su esposa. Yo estoy por medidas fuertes y enérgicas. Estruansé tiene miedo; teme disturbios, sublevaciones que no pueden existir; y entre tanto los descontentos toman alas, y se aumenta la osadía; por todas partes circulan coplas, canciones, libelos, caricaturas...

RANTZAU. Paréceme sin embargo que todo ataque de esa especie hecho al gobierno es un delito, y en semejantes casos la ley os autoriza... y os da facultades.

FALKLEND. De que es preciso usar. Teneis razon.

RANTZAU. Si; con un ejemplar, uno solo, todo el mundo callará. Ahí teneis, sin ir mas léjos, un descontento, un hablador, hombre de cabeza y de chispa, y tanto mas peligroso, cuanto que es oráculo de su barrio.

FALKLEND. ¿Quién?

RANTZAU. Me lo han nombrado; pero siempre estoy reñido con los nombres propios... Un mercader de sedas... almacen del Sol de Oro.

FALKLEND. ¿Berton Burkenstaf?

RANTZAU. Precisamente; ¡el mismo! Ahora, si es cierto ó no, eso es lo que yo no sé; no soy yo quien le ha oido...

FALKLEND. No importa; las noticias que os han dado son demasiado ciertas, y yo no sé por qué mi hija se surte siempre en su casa.

RANTZAU. (*Con viveza.*) En la inteligencia de que es preciso no hacerle daño alguno... uno ó dos dias de cárcel...

FALKLEND. Pongámosle ocho.

RANTZAU. (*Friamente.*) Vayan ocho. Como gusteis.

FALKLEND. Escelente idea.

RANTZAU. Vuestra toda; no quiero quitaros esa gloria á los ojos del consejo.

FALKLEND. Gracias: eso pondrá término á las hablillas. Tengo un favor que pediros...

RANTZAU. Decid.

FALKLEND. El sobrino del conde de Geler, nuestro colega, va á casarse con mi hija, y le propongo hoy para una bonita plaza que le dará entrada en el consejo. Espero que por vuestra parte no habrá obstáculo alguno á este nombramiento.

RANTZAU. ¿Cómo pudiera haberlo?

FALKLEND. Pudiera decirse que es demasiado jóven...

RANTZAU. En el dia eso es un mérito... la juventud es la que reina; y la condesa, por ejemplo, que no deja de tener alguna influencia en los negocios, no puede echarle en cara un defecto de que tendrá ella que reconvenirse á sí misma por espacio de muchos años todavía.

FALKLEND. Esa sola galantería la decidiria si fuese precisa su cooperacion; bien dicen que el conde Beltran de Rantzau es el hombre de estado mas amable, mas conciliador, mas desinteresado.

RANTZAU. (*Sacando un papel.*) Tengo que pediros una bagatela; una subtenencia que necesito.

FALKLEND. Concedida en el acto.

RANTZAU. (*Enseñándole el papel.*) Enteraos antes...

FALKLEND. (*Pasando á la izquierda.*) Sea para quien sea. En recomendándolo vos... (*Leyendo.*) ¿Qué es esto?... Eduardo Burkenstaf... Es imposible...

RANTZAU. (*Friamente, tomando un polvo.*) ¿Creeis que es imposible? ¿y por qué?

FALKLEND. (*Cortado.*) Es hijo de ese sedicioso, de ese hablador.

RANTZAU. El padre enhorabuena; pero el hijo no habla, no dice palabra; por el contrario, seria una política escelente colocar un favor al lado de un castigo.

FALKLEND. No digo que no; pero tambien dar una charretera á un muchacho de veinte años...

RANTZAU. Como deciamos no hace mucho, la juventud es la que reina en el dia.

FALKLEND. Es verdad; pero ese muchacho cabalmente, que ha estado en los almacenes de su padre y despues en mi secretaria, no ha servido nunca en la milicia...

RANTZAU. Ni mas ni menos que vuestro yerno en la administracion. Sin embargo, si creeis que ese puede ser un obstáculo, no insistiré; respeto vuestra opinion, querido colega; la seguiré en todo y por todo... (*Con intencion.*) y lo que vos hagais, eso haré.

FALKLEND. (*Aparte.*) ¡Maldito! (*Alto y procurando ocultar su rabia.*) Vos haceis de mi lo que quereis: lo examinaré, veré.

RANTZAU. Cuando gusteis; hoy, esta mañana, antes del consejo podeis librar los despachos.

FALKLEND. No hay tiempo... son las dos...

RANTZAU. (*Sacando su reloj.*) Menos cuarto.

FALKLEND. Atrasais...

RANTZAU. No por cierto, y la prueba es que siempre he sabido llegar á tiempo.

FALKLEND. (*Sonriéndose.*) Ya lo veo. (*Con amabilidad.*) ¿Nos veremos luego... supongo... en casa... á comer?...

RANTZAU. No lo sé todavia; mucho me temo que mi dolor de estómago no me lo permita... pero de todas suertes seré puntual en el consejo, y allí me vereis.

FALKLEND. Cuento con ello. (*Vase.*)

ESCENA X.

EDUARDO, RANTZAU.

EDUARDO. ¿Y bien, señor conde?... Me abraso de impaciencia.

RANTZAU. (*Friamente.*) Estais nombrado, sois subteniente.

EDUARDO. ¿Será cierto?

RANTZAU. A la salida del consejo iré á casa de vuestro padre á escoger algunos géneros, y yo mismo os llevaré vuestros despachos.

EDUARDO. ¡Señor! ¡Qué de bondades!

RANTZAU. Os doy además un aviso, á vos, solo á vos, bajo la fe de secreto. Vuestro padre es indiscreto, imprudente... habla demasiado alto... esto pudiera acarrearle disgustos...

EDUARDO. ¡Cielos! ¿Está amenazada su libertad?

RANTZAU. No sé nada, pero no seria imposible. En todo caso, ya estais avisado... vos y vuestros amigos no le perdais de vista... y sobre todo silencio.

EDUARDO. ¡Ah! primero me dejaria matar que soltar una sola espresion que pudiese comprometeros. (*Tomando la mano de Rantzau.*) Adios, señor, adios. (*Sale.*)

RANTZAU. ¡Escelente muchacho!... ¡Cuánta generosidad hay encerrada ahí, cuántas ilusiones, cuánta felicidad! (*Con tristeza.*) ¡Ah! ¿por qué no habia uno de poder estar siempre en los veinte años?... (*Sonriéndose.*) Aunque, por otra parte... ¡mejor está así!... ¡seria uno muy fácil de engañar!... ¡Vamos al consejo! (*Vase.*)

CAE EL TELON.

ACTO SEGUNDO.

Tienda de Berton Burkenstaf. En el fondo puertas vidrieras que dan á la calle, y delante de las cuales se ven piezas de telas de muestra. A la izquierda una hermosa escalera que conduce á sus almacenes. Debajo de la escalera la puerta de un sótano. Al mismo lado un mostrador pequeño, y detrás libros de caja y de muestras. A la derecha géneros, y una puerta que da á lo interior de la casa.

ESCENA I.

BERTON, MARTA.

(*Berton está delante de su mostrador, y su mujer en pié á su lado, con varias cartas en la mano.*)

MARTA. Hé aquí pedidos para Lubeck y para Altona... quince piezas de raso y otras tantas de tafetan.

BERTON. (*Con impaciencia.*) Bien, mujer, bien.

MARTA. Y cartas de nuestros corresponsales, á las cuales es preciso responder.

BERTON. Ya ves que ahora estoy ocupado.

MARTA. Tambien es preciso escribir á ese rico tapicero de Hamburgo.

BERTON. (*Irritado.*) ¡A un tapicero!...

MARTA. ¡Toma! uno de nuestros mejores parroquianos.

BERTON. Escribir á un tapicero... precisamente cuando estoy ocupado en escribir á una reina.

MARTA. ¡Tú!

BERTON. ¡A la reina madre! una peticion que le dirijo en nombre del comercio, porque es de saber que la reina madre no me puede negar cosa alguna. Si hubieras visto, mujer, como me ha recibido esta mañana, y á qué altura me hallo con ella...

MARTA. ¿Y qué bienes nos vienen con esa gracia?

BERTON. ¿Qué bienes, eh? Se conoce que no eres mas que una simple mujer, y una mujer simple; una tendera que no entiende el cristus de los negocios... ¿Qué bienes? ¡Oiga! Crédito, favor, consideracion... Seré un hombre de influencia en mi barrio, en la ciudad, en el estado... algo, en fin, algo.

MARTA. Y todo ¿para qué? ¡Para ser proveedor con real privilegio de la corona! ¡No puedes vivir sin dictados, sin títulos! No has tenido nunca otros sueños ni otros deseos.

BERTON. Déjame en paz... ¡Cabalmente!... se trata de ser proveedor de la corona. (*A media voz.*) Se trata, señora Burkenstaf, de ser preboste del comercio, y quién sabe, hasta burgomaestre de la ciudad de Copenhague... Sí, señor, lo he dicho, que para eso y para mas hay favor... ¡Eh! con la popularidad de que gozo y con la proteccion de la córte... ¡Uf!

ESCENA II.

JUAN, BERTON, MARTA.

JUAN. (*Con géneros debajo del brazo.*) Aquí estoy, señor... Vengo de casa de la baronesa de Molke.

BERTON. (*Bruscamente.*) Y bien, ¿qué me importa? ¿qué quieres?

JUAN. No quiere el terciopelo negro; le quiere verde. Y me ha dicho que se alegraria de que pudieseis llevarle vos mismo las muestras.

BERTON. ¡Mal rayo! Verán Vds. como tengo que abandonar mis negocios... Verdad es que la baronesa de Molek es mujer de córte... trás allá, mujer; estas son incumbencias tuyas.

JUAN. Además traigo aqui...

BERTON. ¡Otra vez! no acabará nunca.

JUAN. (*Enseñándole un saco.*) El dinero de las veinte y cinco varas de tafetan...

BERTON. (*Cogiendo el saco.*) ¡Voto va! Cuidado que da vergüenza tener uno que ocuparse en esos pormenores. (*Devolviéndole el saco.*) Lleva esto arriba á mi cajero, y que me dejen todos en paz. (*Se pone de nuevo á escribir.*) Si, señora .. á V. M. es á quien...

JUAN. (*Pasando á la derecha, y sopesando el saco.*) ¿Da vergüenza, eh? no tanto; muchas vergüenzas como esta quisiera yo pasar.

MARTA. (*Deteniéndole.*) Oiga V., señor Juan. Me parece que ha echado V. bastante tiempo para dos tristes comisiones que tenia que desempeñar.

JUAN. (*Aparte.*) ¡Ah maldita!... esta está en todo; no es como el amo. (*Alto.*) Os diré, señora; es que me he detenido un rato por las calles para oir lo que se decia en algunos corrillos.

MARTA. ¿Y á propósito de qué?...

JUAN. Pardiez, no sé... á propósito de un decreto del rey...

MARTA. ¿Y qué decreto?

BERTON. (*Con aire importante, desde el mostrador.*) No sabeis eso vosotros; el decreto que se ha publicado esta mañana. y que confia toda la autoridad real á Estruansé.

JUAN. Tanto vale; maldito si lo entiendo; lo que sé es que se hablaba con calor, que la cosa se iba animando... y Dios sabe si tendremos ruido.

BERTON. (*Con aire importante.*) Seguramente; el caso es grave.

JUAN. (*Con alegria.*) ¡De veras, eh!

MARTA. (*A Juan.*) ¿Y eso qué te importa á ti?

JUAN. ¡Vaya! me da gusto; porque cuando hay ruidos, se cierran las tiendas, no se hace nada: dia de asueto: ¡y para los mancebos de las tiendas es un domingo mas en la semana; y luego da gozo correr las calles gritando lo que gritan los demás!

MARTA. ¡Gritando! ¿qué?

JUAN. ¡Qué sé yo! ¡pero se grita!

MARTA. Basta. Sube, y quédate arriba: hoy no saldrás del almacen.

JUAN. (*Yéndose.*) ¡Voto va! en esta casa no puede uno sacar partido de nada.

MARTA. (*Volviéndose y viendo á Berton, que entre tanto ha tomado su sombrero.*) ¡Oiga! ¿y tú, que estabas tan ocupado, adónde vas?

BERTON. Voy á ver qué es eso.

MARTA. ¿Tú tambien?

BERTON. ¡Está bueno! ¡Pues no tiene miedo ya! ¡las mujeres son el diablo! Mujer, no tengas cuidado; no voy mas que á ver lo que pasa, á meterme entre los corrillos de los descontentos, y á soltar cuatro espresiones de peso en favor de la reina madre.

MARTA. ¿De la reina madre? ¿Y qué diablos de falta te hace á tí su proteccion? Cuando uno tiene dinero en sus arcas, no necesita uno de la proteccion de nadie; se rie uno de los grandes señores; es uno libre, independiente; es uno el rey en su casa; estate en la tuya... tu obligacion está en tu almacen.

BERTON. ¿Es decir que no sirvo sino para medir terciopelo? ¿es decir que tú tienes en poco el comercio?

MARTA. ¿Yo tener en poco el comercio? ¡yo, hija y mujer de fabricante! ¡yo, que creo que es la profesion mas útil al Estado, y la causa de su riqueza y de su prosperidad! ¡yo, en fin, que no conozco nada mas apreciable que un comerciante que es comerciante! Pero si él mismo se avergüenza de su profesion, si abandona su mostrador por andar corriendo antesalas, eso ya es otra cosa... ¡y cuando dices necedades como palaciego, maldito si puedo apreciarte como comerciante!

BERTON. ¡Magnifico, señora Burkenstaf! ¡Brava arenga! Desde que la señora condesa Estruansé gobierna á su marido, cada mujer del reino se cree con derecho á gobernar el suyo... Y vos, que tanto despreciais la córte, pudierais dejar de imitar sus usos.

MARTA. ¡Vaya, vaya! olvida á la córte como ella te tiene olvidado á ti, y acuérdate mas de lo que te rodea. ¿Estás ya cansado de ser feliz? ¿No tienes un comercio que prospera, amigos que te estiman, una mujer que te reconviene, pero que te ama, un hijo que todo el mundo nos envidiaria, que es nuestro orgullo, nuestra gloria, nuestro porvenir?

BERTON. ¡Ah! Si tomas ahora ese capítulo por tu cuenta...

MARTA. Si, señor... esa es mi ambicion, mi asunto de Estado... no me importa lo que pasa en casa del vecino. ¿Qué se me da á mi de que el rey tenga un favorito, ó de que no le tenga; que mande este ó aquel otro ambicioso? Lo que importa saber es si mi casa está arreglada, si mi marido está bueno, si mi hijo es feliz; yo no pienso mas que en vosotros y en vuestro bienestar; ese es mi deber. Cumpla cada uno con el suyo... y como dice el refran: *zapatero, á tus zapatos*... ¡eso es!...

BERTON. (*Impaciente.*) ¿Y quién te dice lo contrario?

MARTA. Tú, que á cada momento me haces temblar por nuestra tranquilidad, siempre metido en discusiones políticas con todos los que á la tienda concurren, hablando de todo lo que se hace y de lo que se deja por hacer; tú, á quien tus ideas de ambicion han hecho descuidar el trato de nuestros mejores amigos... de Michelson, por ejemplo, que te ha convidado tantas veces inútilmente á ir á pasar unos dias con él al campo.

BERTON. ¿Y qué quieres? ¡Michelson! ¡Michelson! un mercader de paños que no es nadie en el estado... porque, al fin, vamos á ver, ¿qué es?

MARTA. Es nuestro amigo; pero ¡ya se ve! tú necesitas grandeza, brillo, oropel. Por esa loca ambicion no quisiste que se quedase nuestro hijo con nosotros, donde hubiera estado perfectamente, sino que te empeñaste en que habia de entrar en la secretaria de un gran señor, de donde no ha sacado mas que disgustos, que tiene todavia la delicadeza de ocultarnos.

BERTON. ¡Cómo! ¿es posible? ¡mi hijo! ¡mi hijo único es desgraciado!

MARTA. ¿Y no lo has echado de ver? ¿ni siquiera lo has sospechado?

BERTON. Esos son asuntos domésticos... ¡yo no me meto en eso! ¿para qué estás tú aquí? ¡Yo estoy siempre abru-

mado de negocios!... ¿Y qué quiere? ¿qué necesita? ¿Dinero? Pregúntale cuánto... ó mas bien... toma... ahí tienes la llave de la caja: dásela.

MARTA. ¡Silencio, aquí está!

ESCENA III.

MARTA, EDUARDO, BERTON.

EDUARDO. ¡Ah! ¿estais aquí? padre mio... temia que hubieseis salido. Hay alguna agitacion en la ciudad.

BERTON. Eso dicen; pero todavia no sé de qué se trata, porque tu madre no me ha dejado salir. Cuéntame, cuéntame.

EDUARDO. No es nada, absolutamente nada; pero hay ocasiones y momentos en que es bueno manejarse con prudencia, aun sin motivos fundados. Sois el negociante mas rico del barrio; teneis alguna influencia; y no os mordeis la lengua para hablar del favorito y de su mujer. Esta mañana en palacio, sin ir mas léjos...

MARTA. ¿Es posible?

EDUARDO. Puede llegar á sus oidos...

BERTON. ¿Y qué me importa? A nadie tengo miedo; no soy un hombre oscuro y desconocido, y no se atreverán á proceder contra Berton Burkenstaf del Sol de Oro. Aunque quisieran, no podrian.

EDUARDO. (*A media voz.*) Acaso os equivoqueis, padre mio; ¿y si se atrevieran?

BERTON. (*Espantado.*) ¡Eh! ¿qué dices?... no es posible.

MARTA. Ya me lo figuraba yo: ahora mismo se lo estaba diciendo. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué será de nosotros?

EDUARDO. Tranquilizaos, madre mia; no os asusteis.

BERTON. (*Temblando.*) Ya se ve; nos vienen con esos terrores... ese miedo os hace perder la cabeza, os perturba... no sabe uno lo que se hace... y precisamente en una coyuntura en que necesita uno toda su serenidad... Vamos á ver... ¿y quién te ha dicho?... ¿Por dónde lo sabes?

EDUARDO. Lo sé de buena tinta: por una persona que está desgraciadamente muy bien informada, y cuyo nombre no puedo deciros; pero podeis creerme.

BERTON. Te creo, hijo mio; y guiándonos por los datos positivos que acabas de darme, ¿qué debo hacer?

EDUARDO. La órden no está firmada todavia, pero puede estarlo de un momento á otro, y lo mas sencillo, lo mas prudente, es abandonar quedito vuestra casa, y mantenernos escondido por espacio de algunos dias...

MARTA. ¿Y dónde?

EDUARDO. Fuera de la ciudad, en casa de algun amigo.

BERTON. (*Con viveza.*) En casa de Michelson, el mercader de paños... allí no me irán á buscar... es un escelente hombre, que no se mete con nadie... que solo se ocupa en su comercio...

MARTA. ¡Hola! ¡ya veis que alguna vez es bueno ocuparse uno en su comercio!

EDUARDO. ¡Madre mia!...

MARTA. Tienes razon; pensemos solo en ponerlo en salvo.

EDUARDO. Hasta ahora no hay peligro, pero ¡no importa! Os acompañaré, padre mio.

BERTON. No, mejor será que te quedes, porque al fin, cuando vengan y no me encuentren, si hubiese alborotos y tumulto, tú impondrias algun respeto á esas gentes, cuidarias de nuestros almacenes, y tranquilizarias á tu madre, á quien veo ya llena de miedo.

MARTA. Si, hijo mio, quédate.

EDUARDO. Como gusteis. (*Viendo á Juan, que baja la escalera.*) Así como así, Juan puede acompañar á mi padre hasta la casa de campo de Michelson. Juan, vas á salir.

JUAN. ¿De veras? ¡qué bueno! ¿la señora lo permite?

MARTA. Si; saldrás con tu amo.

JUAN. Si, señora.

EDUARDO. Y no te separarás de él.

JUAN. No, señor.

BERTON. Sobre todo prudencia; pocas habladurias, poca curiosidad.

JUAN. Si, señor; ¿hay algo, pues?

BERTON. (*A media voz á Juan.*) La córte y el ministerio están echando chispas contra mi, quieren prenderme, encerrarme... y ¡quién sabe!...

JUAN. ¡Oiga! ¡Eso quisiera yo ver! Buen ruido se armaria en todo el barrio; ya me veriais á mi, amo; ¡veriais qué zalagarda! me oirian los sordos.

BERTON. Silencio, Juan; eres demasiado vivo.

MARTA. Eres un busca ruidos.

EDUARDO. Felizmente tus buenos deseos serán inútiles, porque no habrá nada.

JUAN. (*Abre tristemente.*) No habrá nada... Tanto peor... ¡Yo que esperaba ya ruido y vidrios rotos!

BERTON. (*Que entre tanto ha abrazado á su mujer y á su hijo.*) Adios... adios... (*Vase con Juan por el foro; Marta y Eduardo le acompañan hasta la puerta, y quedan mirándolos hasta perderlos de vista.*)

ESCENA IV.

MARTA, EDUARDO.

MARTA. ¿Me das palabra de que le volveremos á ver dentro de unos dias?

EDUARDO. ¿Quién lo duda? Hay una persona que se digna interesarse por nosotros, y que empleará todo su favor en hacer que cesen las pesquisas y en devolvernos á mi padre. Lo creo al menos así.

MARTA. ¡Qué feliz seré entonces! ¡cuando nos hallemos todos reunidos, cuando nada pueda separarnos ya! Pero y tú... ¿qué tienes? ¿De qué procede ese aire tan triste y esas miradas?...

EDUARDO. (*Cortado.*) Temo que no se realicen vuestros deseos; por lo que toca á mi... acaso me vea pronto precisado á separarme de vos por mucho tiempo...

MARTA. ¡Qué dices!

EDUARDO. (*Con mas resolucion.*) Yo hubiera querido no deciros una palabra... pero estas circunstancias... y por otra parte marchar sin daros un abrazo... ¡oh! imposible; no me hubiera determinado jamás.

MARTA. ¿Marchar? ¿Y yo lo escucho? ¿Y por qué?

EDUARDO. Quiero ser militar; he pedido una charretera.

MARTA. ¡Tú! ¡Dios mio! ¿Qué te he hecho yo para que huyas de esta suerte de mi, para que abandones el hogar paterno? ¿Te hemos hecho por ventura desgraciado? ¿Te hemos dado algun disgusto? Perdónanoslo, hijo mio; habrá sido sin querer... y yo repararé todas nuestras faltas...

EDUARDO. ¡Vuestras faltas! vos, señora, la mejor y la mas cariñosa de las madres... No, solo acuso á mi suerte... Pero no puedo permanecer en Copenhague.

MARTA. Pero ¿por qué? ¿Hay algun sitio en el mundo donde seas mas amado que aquí? ¿Qué te falta? ¿Quieres

brillar en el mundo? ¿Quieres eclipsar á los mas ricos señores? Podemos, podemos... (*Dándole la llave.*) Toma, dispon de nuestras riquezas, tu padre lo consiente; yo te lo suplico, y yo te lo agradeceré, porque para tí y solo para tí trabajamos y atesoramos: esta casa, esos almacenes, todo es tuyo... ¡absolutamente tuyo!

EDUARDO. Basta, señora, basta: no los quiero: no los necesito; no soy digno de vuestros beneficios. ¡Si os dijese que estoy á punto de despreciar esos mismos bienes, fruto de vuestro trabajo, y que esa misma profesion que ejerceis con tanto honor y probidad, y que en otro tiempo me envanecia, es hoy la causa de mi tormento y de mi desesperacion, es lo que se opone á mi felicidad, á mi venganza, á todas las pasiones violentas, en fin, que abriga en este momento mi corazon!...

MARTA. ¡Qué dices!

EDUARDO. Si, os lo diré todo; este secreto es una carga demasiado pesada. Por otra parte, ¿á quién pudiera uno confiar sus penas mejor que á una madre? Fijando vuestra felicidad en un hijo que os ha dado tantos disgustos, le habiais criado con demasiado esmero, acaso...

MARTA. ¡Como un señor, como un príncipe! y si hubiera habido otra educacion mejor, mas cara, esa hubieras recibido...

EDUARDO. No habeis querido que permaneciese en ese mostrador, que era mi puesto...

MARTA. No yo, sino tu padre: él te hizo secretario privado del conde de Falklend.

EDUARDO. Por mi desgracia: admitido en su casa con intimidad, pasando los dias enteros al lado de Carolina, su hija única, se me ofrecian mil ocasiones de verla, de oirla, de contemplar sus hermosas facciones, que son el mas pequeño de sus encantos... ¡Ah! ¡si hubierais podido apreciarla en su justo valor como yo todos los dias, si la hubierais visto tan seductora á la vez por su talento y por su gracia, tan sencilla y tan modesta que ella sola parecia ignorar su mérito; un alma tan noble, un carácter tan generoso!... ¡Ah! si la hubierais conocido, madre mia, hubierais hecho lo que yo; la hubierais adorado.

MARTA. ¡Cielos!

EDUARDO. Si; dos años hace que este amor es mi tormento y mi felicidad, mi existencia. Y no creais que, desconociendo mis deberes y los derechos de hospitalidad, le he descubierto mi corazon, ni me ha pasado nunca por la imaginacion declararle un amor que hubiera yo querido ocultarme á mi mismo... No... hubiera sido entonces indigno de amarla... Pero ese secreto, que ella sin duda no sospecha, y que ignorará mientras viva, otros ojos mas perspicaces deben haberle adivinado; su padre debe haber comprendido mi turbacion, porque al verla todo lo olvidaba: ¡cuán feliz era! ¡Ah! y esta felicidad se ha concluido para siempre... Ya sabeis como el conde me ha despedido sin manifestarme los motivos de mi desdicha, como me ha arrojado de su casa, y que desde este dia no ha vuelto á haber para mi ni tranquilidad, ni gozo, ni alegría.

MARTA. Es verdad.

EDUARDO. Pero lo que no sabeis es que todas las tardes, todas las mañanas yo vagaba al rededor de los jardines para ver mas de cerca á Carolina, ó mas bien las ventanas de su habitacion; uno de estos dias no sé qué especie de delirio se habia apoderado de mí... mi razon me abandonó, y sin saber lo que me hacia penetré en el jardin.

MARTA. ¡Qué imprudencia!

EDUARDO. Cierto, madre mia, porque yo no debia verla... y á no ser por eso, la última gota de mi sangre... pero tranquilizaos; eran las once de la noche; nadie me habia visto, nadie, sino un fatuo que, seguido de dos criados, cruzaba por una calle para volverse á su casa; era el baron Federico de Geler, sobrino del ministro de marina, que todas las noches, segun parece, venia á hacer valer su... Si, madre mia, es su prometido, el que se iba á casar con ella... Yo no lo sabia entonces, pero lo adivinaba por la antipatía que hácia él esperimentaba: asi que, cuando él me gritó con tono insolente y altanero: ¿adónde vais? ¿quién sois? la insolencia de mi respuesta igualó la de la pregunta, y entonces... este recuerdo no se borrará jamás de mi memoria... mandó á uno de sus criados que me echase de allí; y uno de ellos efectivamente levantó la mano, si, madre mia, y me ultrajó: no dos veces, no, porque á la primera estaba ya tendido á mis piés, pero me habia ultrajado; y cuando corrí á su amo, cuando le pedí una satisfaccion... «Bien, me dijo; ¿quién sois?» Díjele mi nombre. «Burkenstaf, esclamó con desprecio: yo no me bato con el hijo de un tendero. Si fueseis noble ú oficial, no digo que no.»

MARTA. (*Espantada.*) ¡Dios mio!

EDUARDO. ¡Noble no puedo serlo, es imposible! Pero oficial...

MARTA. (*Con viveza.*) No lo serás; no conseguirás ese grado, á que no tienes derecho alguno; no, no le tienes... El puesto que debes ocupar está en esta casa, al lado de tu madre, que lo pierde todo en un solo dia; ya estás como tu padre, prontos los dos á abandonarme, á esponer vuestra vida; ¿y por qué? porque no sabeis ser felices, porque vivis de ambicion, porque os comparais con los que son mas que vosotros. Yo no pido nada á los poderosos, ni á los señores, ni á sus hijas... no quiero mas que mi marido y mi hijo... pero los quiero absolutamente, porque son mios... (*Abrazándole.*) porque me pertenecen... porque son toda mi felicidad, y nadie me la quitará.

ESCENA V.

MARTA, JUAN, EDUARDO.

JUAN. (*Con alegría, mirando á la calle.*) ¡Eso es! ¡soberbio!... ¡Asi, asi!...

EDUARDO. ¿Cómo? ¿de vuelta ya?... ¿Está ya mi padre en casa de Michelson?

JUAN. (*Alegremente.*) Mejor que eso.

MARTA. (*Impaciente.*) ¿Está salvo por fin?

JUAN. (*Con aire de triunfo.*) Lo han preso.

MARTA. ¡Cielos!

JUAN. ¡Toma! ¡no os asusteis! Va bien; la cosa va perfectamente.

EDUARDO. (*Con ira.*) ¿Te esplicarás por fin?

JUAN. Cruzábamos la calle de Stralsund, cuando hétenos cara á cara con dos soldados de guardias que nos observan... nos siguen, y encarándose luego con vuestro padre: «Señor Burkenstaf, le dice uno de ellos con mucha cortesía, en nombre de su escelencia el señor conde de Estruansé, os intimo que vengais con nosotros; desea hablaros...»

EDUARDO. ¿Y qué?

Juan. Viendo sus buenos modos, vuestro padre les responde: «Estoy pronto, señores, á seguiros;» y todo esto habia pasado con tanta tranquilidad, que nadie en la calle lo habia echado de ver; pero yo... ¡para el tonto que creyera!... plántome en el arroyo, y póngome á gritar como un desesperado: «¡Socorro, socorro! amigos... que prenden á mi amo... Berton Burkenstaf... ¡á ellos, á ellos!»

Eduardo. ¡Imprudente!

Juan. ¡Ca! No, señor; habia yo visto un grupo de trabajadores y artesanos que iban á su trabajo... me oyen, y acuden á mi voz; al verlos correr, las mujeres y los muchachos corren tambien, y los que van por la calle hacen otro tanto: unos por interés, otros por curiosidad... En un momento se arma un tumulto... Se obstruye la calle... los coches se detienen... los tenderos salen á las puertas, y los vecinos se asoman á las ventanas... Entre tanto ya habian rodeado los artesanos á los soldados, y libre ya vuestro padre se lo llevaban en triunfo, seguidos, por supuesto, de la multitud, que se aumentaba por instantes; pero al pasar por la calle de Altona, donde están nuestros talleres... allí habiais de haber visto... ¡qué algazara!... habia corrido ya la voz de que habian querido asesinar á nuestro amo, y que habia habido una pelea encarnizada con la tropa; la fábrica entera se levantó, y el barrio con ella, y todos corren en tropel al palacio gritando, que da gozo: ¡viva Burkenstaf! ¡que nos le devuelvan!

Eduardo. ¡Qué locura!

Marta. ¡Y qué desgracia!

Eduardo. De un negocio insignificante por sí, han hecho un asunto de estado, que va á comprometer á mi padre, y á justificar las medidas que se tomaban contra él.

Juan. ¡Bah! No tengais cuidado: no hay nada ya que temer: los demás barrios se han alborotado tambien. Ya se están rompiendo por todas partes los faroles y los vidrios de las casas grandes... Va bien; eso es lo mas divertido del mundo. No se hace daño á nadie; pero en encontrando gente de palacio les tiran piedras y lodo á ellos y á sus coches; eso es escelente, porque limpia las calles... A propósito... ¿ois?... ¿ois los gritos?... ¿Veis aquel coche que han detenido en frente de nuestro almacen, y que tratan de derribar?...

Eduardo. ¿Qué veo? ¡Las armas del conde de Falklend! ¡Si fuese!... (*Se precipita á la calle.*)

ESCENA VI.

Juan, Marta.

Marta. (*Tratando de detener á Eduardo.*) ¡Hijo mio! ¡Eduardo! ¡Se va á esponer!...

Juan. Dejadle, señora... ¡Esponerse él! ¿eh?... ¿el hijo de nuestro amo? No corre ningun riesgo... á nada se espone, sino á que lo lleven en triunfo... (*Mirando al foro.*) ¿Le veis desde aquí como habla con aquellos que rodean el coche?... A todos los conozco... ¡Ah! se apartan... se alejan.

Marta. Felizmente... Pero ¿y mi marido? quiero saber qué es de él... corro á buscarle.

Juan. (*Queriendo detenerla.*) ¿Qué vais á hacer?

Marta. (*Empujándole y precipitándose á la calle.*) Déjame te digo... quiero... quiero buscarle.

Juan. Imposible detenerla. (*Llamando á Eduardo.*) ¡Señor Eduardo!... ¡Señor Eduardo!... (*Mirando.*) ¡Oiga! ¿qué diablos está haciendo ahora?... Ayuda á bajar del coche á una señorita, muy linda por cierto... y muy elegante. ¡Vaya! ¡Pardiez! ¡á qué está desmayada! Toma, ¿no lo dije? (*Viniendo hácia la escena.*) ¡Pobrecilla! ¡Pues no ha tenido miedo!

Eduardo. (*Entrando con Carolina en sus brazos, desmayada, la sienta en un sillon.*) Agua, madre mia... agua.

Juan. Acaba de salir para saber de nuestro amo.

Eduardo. Ya vuelve... ¿Qué haces ahí tú? Vete.

Juan. ¡Miren qué pedrada! no deseo yo otra cosa. Voy á unirme con la turba y á gritar como los demás. (*Vase.*)

ESCENA VII.

Carolina, Eduardo.

Carolina. (*Volviendo en sí.*) Esos gritos... esas amenazas... esa muchedumbre furiosa que me rodea... ¿Qué daño les he hecho yo?... ¿dónde estoy?

Eduardo. (*Con timidez.*) Estais segura; no temais nada.

Carolina. (*Aparte, conmovida.*) Esa voz... (*Alto, volviéndose.*) ¡Eduardo! ¿Sois vos?

Eduardo. Sí, soy yo, que os vuelvo á ver, y el mas feliz de los hombres... porque he podido defenderos, protegeros y daros asilo.

Carolina. ¿En dónde?

Eduardo. En mi casa, en casa de mi madre; perdonad si os recibo en este sitio indigno de vos; estos almacenes, este mostrador, tan distintos de los brillantes salones de vuestro padre... pero nosotros no somos nadie; no somos mas que unos comerciantes...

Carolina. Eso seria ya por sí solo un título á la consideracion de todo el mundo; pero para conmigo y con mi padre teneis otros, Eduardo, y el favor que acabais de hacerme...

Eduardo. ¿Favor? ¡Ah! no pronuncieis esa palabra...

Carolina. (*Siempre sentada.*) ¿Y por qué?

Eduardo. Porque va á imponerme silencio de nuevo, porque me encadena otra vez con lazos que quiero por fin romper. Sí; mientras fui bien recibido por vuestro padre, mientras que me acogió bajo su techo hospitalario, hubiera creido faltar á la probidad, al honor, á todos mis deberes, descubriendo un secreto de cuyo peso me alivian hoy sus ultrajes; nada le debo ya... estamos pagados; y antes de morir quiero hablar, quiero, aunque hayais de abrumarme con vuestro desprecio y vuestra indignacion, que sepais por fin cuánto he padecido, y cuánto dolor, cuánta desesperacion abriga mi pecho...

Carolina. (*Levantándose.*) ¡Eduardo! ¡por Dios!

Eduardo. ¡Sí, lo sabreis!

Carolina. ¡Ah! ¡desgraciado! ¿Creeis por ventura que lo ignoro?

Eduardo. (*Con entusiasmo.*) ¡Carolina!...

Carolina. (*Asustada.*) ¡Silencio! ¡Silencio! ¿Creeis vos mi corazon tan poco generoso que no haya comprendido la generosidad del vuestro, que no haya sabido agradecer vuestros sacrificios, y sobre todo vuestro silencio? (*Movimiento de alegría de Eduardo.*) Sea hoy la última vez que os atrevais á romperle; desde mañana estoy destinada á otro; mi padre lo exige, y sumisa siempre á mis deberes...

Eduardo. Vuestros deberes...

Carolina. Sí; sé lo que debo á mi familia, á mi cuna, á esas

distinciones que acaso no hubiera yo deseado, pero que el cielo me ha impuesto, y de que sabré hacerme digna. (*Acercándose á Eduardo.*) Y vos, Eduardo, (*Con timidez.*) no me atrevo á decir amigo mio, no os abandoneis á la desesperacion en que os veo; conoced que la deshonra y el honor no penden del rango que uno ocupa, sino del modo con que se desempeñan los deberes, y hareis lo que yo... y podreis soportar el vuestro con valor y resignacion. Adios para siempre; mañana seré mujer del baron de Geler.

EDUARDO. No, no; mientras yo viva, yo os juro aquí... ¡Cielos! alguien viene...

ESCENA VIII.

CAROLINA, EDUARDO, RANTZAU, MARTA.

MARTA. (*A Rantzau.*) Si buscais á mi hijo, aquí le teneis. (*Aparte.*) Imposible averiguar nada. Es una confusion.

CAROLINA. (*Viéndolos.*) ¡Cielos!

MARTA *y* RANTZAU. (*Saludando.*) ¡La señorita de Falklend!...

EDUARDO. (*Con viveza.*) A quien hemos tenido la dicha de ofrecer un asilo, porque su coche habia sido detenido.

RANTZAU. ¿Y bien? No parece sino que os quereis disculpar de una accion que os honra.

EDUARDO. (*Turbado.*) ¿Yo, señor conde?

MARTA. (*Aparte.*) ¡Conde!... ¡Vaya! esto es hecho, nuestra tienda es el punto de reunion de todos los señores...

RANTZAU. (*Que ha echado una mirada penetrante á Carolina y Eduardo, que bajan los ojos.*) Bien... muy bien... Una jóven hermosa libertada por un caballero galante... novelas he leido que empezaban así.

EDUARDO. (*Tratando de mudar de conversacion.*) Pero vos, señor conde, paréceme que no andais muy prudente en salir á pié por las calles.

RANTZAU. ¿Por qué? Precisamente ahora las gentes de á pié son potencias; ellas son las que salpican á los que van en alto: por otra parte, no tengo mas que una palabra; os habia prometido traeros vuestros despachos de paso que venia á hacer algunas compras... (*Sacándolos del bolsillo y dándoselos.*) Aquí los teneis.

EDUARDO. ¡Qué fortuna! ¡Soy oficial!

MARTA. Esto es hecho... ¡infeliz de mí! ¡Con razon desconfiaba yo de este hombre!

RANTZAU. (*Volviéndose hácia ella.*) Señora, os felicito por el favor y la popularidad de que gozais en este momento.

MARTA. ¿Qué me quereis decir con eso?

RANTZAU. Pues qué, ¿ignorais lo que pasa?

MARTA. Vengo de nuestros talleres, donde no ha quedado un alma.

RANTZAU. Todos están en la plaza: vuestro marido se ha hecho el ídolo del pueblo. Por todas partes se ven banderas y letreros en que resaltan estas palabras: ¡Viva Burkenstaf, nuestro jefe! ¡Burkenstaf para siempre!... ¡Su nombre es un grito de reunion!

MARTA. ¡Desdichado!

RANTZAU. Las oleadas tumultuosas de sus parciales rodean el palacio y gritan de corazon: «¡Muera Estruansé!» (*Sonriéndose.*) Hasta los hay que gritan: «¡Mueran los miembros de la regencia!»

EDUARDO. ¡Santo Dios! Y no temeis...

RANTZAU. ¡Bah! Nada; me paseo incógnito, como simple aficionado; por otra parte, al menor peligro me ampararia con vuestro nombre.

EDUARDO. (*Con viveza.*) Y no en balde; yo os lo juro.

RANTZAU. (*Cogiéndole una mano.*) Cuento con ello.

MARTA. (*Yendo hacia el foro.*) ¡Dios mio! ¿no ois ese ruido?

RANTZAU. (*Aparte, tomando la derecha.*) ¡Magnífico! Esto marcha. Si sigue así, no tendrá uno necesidad de meterse en nada.

ESCENA IX.

CAROLINA, EDUARDO, JUAN, MARTA, RANTZAU.

JUAN. (*Sin aliento.*) ¡Victoria! ¡Victoria!... ¡Es nuestro!

MARTA, EDUARDO *y* RANTZAU. Habla: ¿qué? acaba...

JUAN. No puedo mas... cuidado si he gritado... Estábamos en la plaza mayor, delante del palacio, debajo de los balcones... tres ó cuatro mil éramos lo menos, gritando: «Burkenstaf, Burkenstaf; que se revoque la órden que le condena, Burkenstaf...» Entonces Estruansé se deja ver en el balcon, y á su lado la condesa vestida de gran gala... Vaya si estaba bien. ¡Terciopelo azul... buena figura... hermosa voz! Fué á hablar, y todo el mundo calló. «Amigos mios, dice, nos han engañado; revoco toda especie de arresto, y os prometo en nombre del rey y en nombre mio que Burkenstaf es libre y no tiene por qué temer.»

MARTA. ¡Respiro!

CAROLINA. ¡Qué fortuna!

EDUARDO. ¡Todo se ha salvado!

RANTZAU. (*Aparte.*) ¡Todo se ha perdido!

JUAN. Entonces fué ella. ¡Viva el primer ministro! gritamos todos. ¡Viva la condesa! ¡viva Burkenstaf! Y cuando yo dije á los que estaban á mi lado: y á todo eso, yo soy el que soy, Juan, el mismo Juan, el Juan mancebo de su almacen: ¡viva Juan! gritaron tambien, y me rompieron todo el vestido, cogiéndome en volandas para enseñarme á la muchedumbre... Tira por aquí, tira por allí... ¡añicos! y esto no es nada todavía; ahora se están organizando, van á venir con sus jefes á la cabeza para cumplimentar á nuestro amo y llevárscle por ahí en triunfo á las casas capitulares.

MARTA. (*Aparte.*) ¡En triunfo! ¡Va á perder la cabeza!

RANTZAU. (*Aparte.*) ¡Qué lástima!... ¡un motin que empezaba tan bien!... ¿En quién puede uno confiar ahora?

ESCENA X.

CAROLINA, EDUARDO *en el fondo*, BERTON BURKENSTAF *y varios notables que le rodean*, MARTA, JUAN, RANTZAU.

BERTON. (*Recogiendo varios memoriales.*) Bien, amigos mios, bien; presentaré vuestras reclamaciones al ministro y al gobierno; preciso será que hagan justicia... además... yo estaré en todo... hablaré, hablaré. En cuanto al triunfo que el pueblo me prepara, y que mi modestia me aconseja rehusar...

MARTA. (*Aparte.*) ¡Eso es otra cosa!

BERTON. Lo acepto, por el bien público, y en atencion al buen afecto. Aquí esperaré la comitiva, que puede venir por mí cuando guste. Por lo que hace á vosotros, queridos colegas y notables de nuestro gremio, espero que de vuelta del triunfo vendreis á cenar á mi casa; os convido á todos.

TODOS. (*Gritando al salir.*) ¡Viva Burkenstaf! ¡Viva nuestro jefe!

BERTON. ¡Nuestro jefe!... ¡ya lo ois!... ¡qué honra!... (*A*

Eduardo.) ¡Qué gloria, hijo mio, para nuestra casa! (*A Marta.*) Y bien, mujer, ¿qué te decia yo? Soy una potencia... un poder del estado... Nada hay igual á mi popularidad; y ya ves el partido que puedo sacar de ella.

MARTA. Si; sacarás una enfermedad; descansa, sosiega... ¡estás sofocado!

BERTON. (*Limpiándose la frente.*) ¿Qué? no. La gloria no cansa nunca... ¡Qué hermoso dia! ¡Hombre! Todo el mundo se inclina delante de mi, todos se dirigen á mí, todos me hacen la córte. (*Viendo á Carolina y Rantzau que están junto al mostrador, á la izquierda, y que Eduardo le ocultaba.*) ¿Qué veo? ¡La señorita de Falklend y el conde de Rantzau en mi casa! (*A Rantzau con énfasis y proteccion.*) ¿Qué hay, señor conde? ¿En qué puedo serviros? ¿Qué venis á pedirme?

RANTZAU. (*Friamente.*) Quince varas de terciopelo.

BERTON. (*Cortado.*) ¡Ah! era eso... perdonad... pero si es cosa del comercio no puedo... Si fuese otra cosa... (*Llamando.*) ¡Marta!... Bien conoceis que en el momento de mi triunfo... ¡Marta! sube al almacen y sirve al señor conde.

RANTZAU. (*Dando un papel á Marta.*) Hé aquí mi nota.

BERTON. (*Gritando á su mujer, que sube ya la escalera.*) Y despues pensarás en la cena; una cena digna de nuestra nueva posicion; ¡buen vino! ¿estamos?... (*Señalando á la puerta que está debajo de la escalera.*) El vino del sótano...

MARTA. (*Subiendo la escalera.*) ¿Acaso tengo yo tiempo para hacerlo todo?

BERTON. ¡Vaya! No te incomodes. (*A Rantzau.*) Tendré que ir yo mismo en persona... (*Marta acaba de subir la escalera y desaparece.*) Mil perdones, señor conde; ya lo veis, tengo tantas cosas sobre mi, tantos cuidados... (*A Carolina con tono protector.*) Señorita, he sabido por Juan, mi mancebo de... (*Reteniéndose.*) mi dependiente... la falta de respéto cometida con vos y con vuestro coche; podeis estar segura de que yo ignoraba... ¡Ya se ve! yo no puedo estar en todas partes... (*Con tono de importancia.*) De otra suerte, hubiera interpuesto mi autoridad; os doy palabra de manifestar públicamente cuánto ha sido mi desagrado, y quiero... empezar...

RANTZAU. Por hacer llevar esta señorita á casa de su padre.

BERTON. Eso es precisamente lo que yo iba á decir... me haceis pensar en ello... Juan, á ver... que devuelvan su coche á esta señorita... Y direis que lo mando yo, Berton de Burkenstaf... y para escoltar á esta señorita...

EDUARDO. (*Con viveza.*) Yo me encargo de eso, padre mio.

BERTON. ¡En hora buena!... (*A Eduardo.*) Si os sucediese algo... si os quisiesen detener... dirás: «Soy Eduardo Burkenstaf, hijo del señor...»

JUAN. Berton Burkenstaf... ya se sabe.

RANTZAU. (*Saludando á Carolina.*) Señorita... Adios, amigo mio. (*Eduardo ofrece la mano á Carolina, y sale con ella seguido de Juan.*)

ESCENA XI.

RANTZAU, BERTON.

(*Rantzau se ha sentado junto al mostrador y Berton al otro lado.*)

BERTON. Os hacen esperar... me es muy sensible...

RANTZAU. A mi no... con eso estoy mas tiempo en vuestra compañia; siempre gusta uno ver de cerca á los personajes célebres...

BERTON. ¡Célebre!... sois muy amable. Ello es cosa inconcebible... esta mañana nadie se acordaba de semejante cosa, ni yo tampoco... ¡yo mismo!... todo ha venido en un instante.

RANTZAU. Esas cosas vienen siempre con esa prisa... (*Aparte.*) y con la misma se van. (*Alto.*) Solo siento que esto se haya acabado tan pronto.

BERTON. ¡Oh! pero esto no está acabado... Ya lo habeis oido... van á venir por mi para llevarme por ahi en triunfo. Perdonad; voy á vestirme; si yo los hiciese esperar, se impacientarian con razon... creerian que el gobierno me habia hecho desaparecer.

RANTZAU. (*Sonriéndose.*) Cierto; y la jarana volveria á empezar.

BERTON. Ni mas ni menos... ¡ya se ve! ¡me quieren tanto!... asi es que esta noche, esa cena que doy á los notables será, me parece, de un efecto seguro; porque en un banquete se bebe... y...

RANTZAU. Se animan todos.

BERTON. Se echan brindis á Burkenstaf, al jefe del pueblo, como me llaman... ya entendeis... Adios, señor conde.

RANTZAU. (*Sonriéndose y llamándole.*) Un instante... para beber á vuestra salud es menester vino, y eso que le deciais á vuestra mujer hace poco...

BERTON. (*Dándose una palmada en la frente.*) Es verdad; se me olvidaba. (*Pasa detrás de Rantzau y detrás del mostrador, y señala la puerta que está debajo de la escalera.*) Ahi tengo un sótano soberbio, donde conservo mis vinos del Rhin y de Francia... Mi mujer y yo somos los únicos que tenemos la llave.

RANTZAU. (*A Berton, que abre la puerta.*) Precaucion muy prudente. Al principio crei que teniais ahi vuestro tesoro.

BERTON. No; y eso que estaria seguro. (*Golpeando la puerta.*) Seis pulgadas de grueso y forrada en hierro. (*Yendo á entrar.*) Con vuestro permiso, señor conde.

RANTZAU. Vos le tenels... yo subo al almacen. (*Berton baja al sótano; Rantzau se acerca á la puerta, la cierra y vuelve á la escena tranquilamente, diciendo.*) Un hombre como este es un tesoro, y los tesoros... (*Enseñando la llave.*) deben estar siempre bajo llave. (*Sube la escalera que conduce al almacen y desaparece.*)

ESCENA XII.

JUAN, *despues* MARTA.

JUAN. (*Dejándose ver en el fondo, á la puerta, mientras que el conde sube la escalera.*) Aquí están, aquí están... es cosa vistosa... una comitiva asombrosa... los jefes de los gremios con sus estandartes y músicas y... (*Se oye una marcha triunfal, y se descubre la cabeza de la comitiva que se coloca en el fondo del teatro, en la calle, fuera de la tienda.*) ¿Dónde diablos está nuestro amo? arriba sin duda. (*Corriendo hácia la escalera.*) ¡Señor Berton, señor! que vienen ya á buscaros... ¿me ois?

MARTA. (*Apareciendo en la escalera con dos mancebos de tienda.*) ¿Qué tienes tú, que gritas?

JUAN. Grito porque busco á nuestro amo.

MARTA. Abajo está.

JUAN. Está arriba.

MARTA. Te digo que no.

EL PUEBLO. (*Fuera.*) ¡Viva Burkenstaf!... ¡viva nuestro jefe!

JUAN. ¡Voto va! y no está aquí... y van á gritar sin él... (*A*

los dos mancebos de tienda que han bajado.) A ver si lo buscais en toda la casa... (*Van entrando algunos del pueblo. Marta baja.*)

El pueblo. (*De fuera.*) ¡Viva Burkenstaf!... ¡Que salga! ¡que salga!

Juan. (*En altas voces á la puerta de la tienda.*) Ahora... ahora... han ido á buscarle... os le van á enseñar. (*Recorriendo el teatro.*) Esto me hará perder la cabeza... la sangre me hierve en las venas...

Varios mozos. (*Entrando por la derecha.*) ¿Tú no le has encontrado?

Otros. (*Bajando de los almacenes.*) Ni tú tampoco; no está en casa.

El pueblo. (*Fuera con sordo murmullo.*) ¡Burkenstaf!... ¡Burkenstaf!...

Juan. ¡Voto va! ya se impacientan; ya murmuran... ¿Dónde diablos puede estar?

Marta. ¡Dios mio! ¿le habrán preso de nuevo?

Juan. ¿Qué? ¿despues de la palabra que nos han dado? (*Dándose una palmada en la frente.*) ¡Ah! Dejadme... aquellos soldados que yo he visto rondando la casa... (*Corriendo hácia el foro.*) ¡Y la música tocando siempre! ¡Silencio! ¡silencio! ¡callad!... ¡Me ocurre una idea... es horroreso... es una infamia!

Marta. ¿Qué diablos tienes?

Juan. (*Dirigiéndose á un grupo.*) Si, amigos mios, si, se han apoderado de nuestro amo... han asegurado su persona, y mientras que nos estaban echando buenas palabras... lo estaban prendiendo por otra parte... ¡Está preso otra vez!... ¡Favor! ¡los amigos, favor!

El pueblo. (*Precipitándose en la tienda y rompiendo los vidrios del fondo.*) ¡Aquí estamos!... ¡Viva Burkenstaf!... ¡nuestro jefe... nuestro amigo!...

Marta. ¡Vuestro amigo... y le destrozais la casa!

Juan. ¿Y qué? si, señora; eso es entusiasmo, y vidrios rotos... ¡Al palacio! ¡al palacio!

Todos. ¡Al palacio! ¡al palacio!

Rantzau. (*Dejándose ver en lo alto de la escalera, y mirando cuanto pasa.*) ¡Ah! ¡ah! esto ya es otra cosa... esto empieza á animarse otra vez.

Todos. (*Agitando en el aire sombreros, pañuelos y sus banderas.*) ¡Muera Estruansé! ¡Viva Burkenstaf! ¡Que nos le vuelvan! ¡que nos le vuelvan! ¡Burkenstaf para siempre! (*Todo el pueblo sale en el mayor desórden con Juan. Marta cae desesperada sobre el sillon que está junto al mostrador, y Rantzau baja lentamente la escalera, restregándose las manos de gozo.*)

CAE EL TELON.

ACTO TERCERO.

Habitacion del palacio del conde de Falklend.—A la izquierda un balcon sobre la calle.—Puerta en al foro; dos laterales.—A la izquierda en primer término una mesa, libros, recado de escribir.

ESCENA I.

Carolina, *el* Baron de Geler.

Carolina. Pero, señor baron, ¿qué significa eso? ¿qué hay de nuevo?

Geler. Nada, señorita.

Carolina. El conde Estruansé acaba de encerrarse en el gabinete de mi padre: han enviado á buscar al conde de Rantzau. ¿A qué asunto esa reunion estraordinaria? Esta mañana ha habido ya consejo, y luego estos señores se habian de reunir para comer.

Geler. No sé... pero no ocurre nada importante; nada sério... ¡Oh! ¡me hubiesen avisado! Mi nuevo destino de secretario del consejo me obliga á asistir á todas las deliberaciones...

Carolina. ¡Ah! Por fin os nombraron.

Geler. Esta mañana. Vuestro padre me propuso, y el conde confirmó la eleccion. De la córte vengo ahora de ver á la condesa... Por allí estaban un poco consternados por la algazara de esa gente... Se temia todavía que esos acontecimientos trastornasen el baile de mañana; pero á Dios gracias, no hay nada que temer; y aun me han ocurrido sobre el particular cuatro chanzas bastante felices que lograron la aprobacion de la condesa, y que las rió con la mayor amabilidad.

Carolina. ¡Ah! ¡las rió!

Geler. Mucho: al mismo tiempo me felicitó por mi nombramiento y por mi boda... Sobre esto último me dijo... cosas... (*Sonriéndose con aire fatuo.*) que podrian lisonjear algun tanto mi vanidad... si yo la tuviese. (*Aparte.*) ¡Y quién sabe!... (*Alto.*) Pero yo no hago alto en eso... Ya estoy metido en los negocios de estado, trabajos sérios á que he tenido siempre una aficion loca... Sí, señora; porque me veais generalmente frívolo y superficial, no creais que no puedo yo tan bien como otro cualquiera... ¡Oh! el arte en esas cosas consiste en hacerlas jugando, como quien no hace nada... ¡Llegue yo un dia al poder, y ya verán!

Carolina. ¡Vos al poder!

Geler. Seguramente; á vos puedo deciroslo en confianza; acaso no tarde en verificarse. Es preciso que la Dinamarca se rejuvenezca... esta es la opinion de Estruansé, de la condesa, de vuestro padre... y si pudiéramos eliminar ese conde de Rantzau, que no sirve ya para nada, y que conservan aun ahí porque su antigua reputacion de hombre hábil impone todavía respeto á las córtes estranjeras... en ese caso se me ha dado ya la palabra formal de entrar en su plaza... Ya conoceis, pues, que el conde de Falklend y yo... el suegro y el yerno á la cabeza de los negocios... ya haríamos andar esto de otro modo... Esta mañana, por ejemplo, yo los veia á todos asustados... Me daba risa; si me hubieran dejado á mí, yo os respondo de que en un abrir y cerrar de ojos...

Carolina. (*Escuchando.*) ¡Silencio!

Geler. ¿Qué es?

Carolina. Me habia parecido oir gritos confusos á lo léjos.

Geler. Os equivocais.

Carolina. Es posible.

Geler. Alguna disputa... alguna riña en la calle; ¿les quereis privar de ese placer? eso seria una tiranía; de cosas mas importantes tenemos que hablar... de nuestra boda, del baile de mañana y de las vistas, que probablemente no estarán acabadas... porque es lo que yo veo de malo en esos motines y conmociones populares, que los artesanos le hacen á uno esperar, y que nada está pronto.

Carolina. ¡Ah! ¿no veis mas que eso malo?... Yo, sin embargo, que me he encontrado esta mañana en medio del tumulto, veia algo mas...

Geler. ¿Es posible?

Carolina. Si, señor; y á no haber sido por el valor y la

generosidad de Eduardo Burkenstaf, que me ha protegido y escoltado hasta casa...

GELER. Eduardo... ¿y quién le manda meterse?... ¿desde cuándo se ha abrogado el derecho de protegeros... pretension por cierto mas ridícula que la de su padre?...

JORGE. (*Entrando.*) Una carta para el señor baron.

GELER. ¿De parte de quién?

JORGE. No sé, señor... la ha traido un jóven, que se dice militar, y que espera abajo la respuesta.

CAROLINA. Algun parte acerca de lo que pasa.

GELER. Probablemente... (*Leyendo.*) «Tengo una charretera; el señor baron, por consiguiente, no puede negarme ya una satisfaccion que necesito inmediatamente. Aunque soy el insultado, le cedo la eleccion de las armas, y le espero á la puerta con pistolas y espadas.—*Eduardo Burkenstaf, subteniente del* 6.º *de infantería.*» (*Aparte.*) ¡Qué insolencia!

CAROLINA. ¿Y bien?... ¿Qué hay?

GELER. ¡Nada! (*Al criado.*) Andad con Dios: decidle que mas tarde... que veremos... (*Vase el criado.—Aparte.*) Le daremos una leccion.

CAROLINA. Quereis ocultármelo... hay alguna novedad... algun peligro... ¡Ah! lo adivino por vuestra turbacion.

GELER. ¡Yo, turbado!...

CAROLINA. Pues enseñadme vuestra esquela y os creeré.

GELER. ¡Señora, es imposible!

CAROLINA. (*Volviéndose y viendo á Koller.*) ¡El coronel Koller! Este no será tan reservado, y de él sabré...

ESCENA II.

CAROLINA, GELER, KOLLER.

CAROLINA. Hablad, coronel, ¿qué hay?

KOLLER. Que la insurreccion que creiamos ya apaciguada vuelve á empezar con mas fuerza que nunca.

CAROLINA. (*A Geler.*) ¿Lo veis?... Pues ¿cómo?...

KOLLER. Acusan á la córte, que habia prometido la libertad de Burkenstaf, de haberle hecho desaparecer para no verse obligada á cumplir sus promesas.

GELER. ¡No seria mal golpe!

CAROLINA. ¿Qué decis? (*Corre á la ventana, que abre, y mira á la calle, asi como Geler.*)

KOLLER. (*Aparte y solo.*) Entre tanto, nos hemos aprovechado de esta coyuntura para sublevar al pueblo. Herman y Gustavo, mis dos emisarios, se han encargado de eso, y espero que la reina madre estará satisfecha. Ya estamos casi seguros del éxito sin necesidad de que haya tenido que hacer nada ese maldito conde de Rantzau.

CAROLINA. Mirad, mirad allá abajo: se aumenta el tropel; ya rodean el palacio; ya han cerrado las puertas... ¡Ah! ¡me da miedo!

GELER. ¡Eso es inaudito!... Y vos, coronel, ¿os estais ahí?

KOLLER. Vengo á tomar las órdenes del consejo, que me ha hecho llamar, y espero.

GELER. Es que debiera darse prisa... La condesa se va á asustar... Nadie se acuerda de nada... deberian tomarse medidas...

CAROLINA. ¿Y cuáles?

GELER. (*Turbado.*) Medidas... debe haber medidas... es imposible que no haya medidas...

CAROLINA. Pero ¿qué medidas? ¿qué hariais vos?

GELER. (*Fuera de sí.*) ¡Yo!... seguramente... pero me cogeis desprevenido... Yo no sé...

CAROLINA. Pero ¿no acabais de decir...?

GELER. ¡Oh! sí... si yo fuera ministro... pero no lo soy... no lo soy todavía .. no es cuenta mia, y no se concibe cómo las gentes que están al frente de los negocios... las gentes que deberian gobernar... porque al fin... ¡qué diablo!... uno no puede tomar cartas... Este es mi parecer... y no hay otro... es el único... si yo fuese primer ministro, yo les enseñaria...

ESCENA III.

CAROLINA, GELER, KOLLER; RANTZAU, *por el foro.*

GELER. (*Corriendo hácia él.*) ¡Ah! señor conde, venid á tranquilizar á esta señorita, que está muerta de miedo... Por mas que le digo que esto no es nada, está conmovida, turbada...

RANTZAU. (*Friamente y observándole.*) Y por cierto que participais en gran manera de sus penas... ¡ya se ve!... como buen amante... ¡Ah! ¡estais aquí, coronel!

KOLLER. Vengo á tomar las órdenes de la regencia.

GELER. (*Con viveza.*) ¿Qué se ha decidido en el consejo en dos horas de deliberacion? ¿qué ha pasado?

RANTZAU. (*Con frialdad.*) Han pasado dos horas; se ha hablado mucho; se ha discutido: Estruansé queria entrar en transacciones con el pueblo...

GELER. (*Con viveza y aprobando.*) ¡Cierto! ¿por qué no le han contentado?

RANTZAU. El conde de Falkland, que se ha decidido por la energía, queria echar mano de otros argumentos... queria poner en juego la artillería...

GELER. (*Idem.*) En último resultado, ese es el modo de concluir de una vez: no hay otro.

RANTZAU. Yo he adoptado una opinion que en un principio todos desecharon, y que por fin ha sido aprobada.

KOLLER, CAROLINA GELER. ¿Cuál?

RANTZAU. (*Friamente.*) No hacer nada: y eso es lo que hacen.

GELER. Pues no van del todo descaminados, porque bien mirado... al cabo... cuando el pueblo haya gritado á su sabor...

RANTZAU. Se cansará.

GELER. Eso iba yo á decir.

KOLLER. Hará lo que hizo esta mañana.

RANTZAU. (*Sentándose.*) Sí por cierto...

GELER. (*Tranquilizándose.*) Eso es... romperá unos cuantos vidrios, y se acabó.

KOLLER. Eso es lo que han hecho ya en todas las casas de los ministros... (*A Geler.*) Y en la vuestra, baron.

GELER. ¡Oiga! ¡está bueno!

RANTZAU. En cuanto á la mia, no tengo cuidado: los desafio á que hagan otro tanto.

GELER. ¿Por qué?

RANTZAU. Porque despues del último alboroto, no he compuesto un solo vidrio de los que me rompieron. Yo dije para mí sayo: así queda, y servirá para la primera...

CAROLINA. (*Escuchando.*) Parece que se calma el ruido.

GELER. ¡Ya lo sabia yo! No hay que asustarse por esos clamores... ¿Y qué dice mi tio, el ministro de marina?

RANTZAU. (*Friamente.*) No le hemos visto. (*Irónicamente.*) Su indisposicion, que era muy leve, ha tomado un carácter marcado de gravedad desde que empezaron esos alborotos. Es una fatalidad muy singular: en empezando el motin, ya está en cama. ¡Como está tan delicado!...

GELER. *Con intencion.*) ¿Y vos, gozais de buena salud?

RANTZAU. (*Sonriéndose.*) Eso es tal vez lo que os incomoda. Hay gentes á quienes pone de mal humor mi salud, y quisieran verme en los últimos.

GELER. ¿Quién?

RANTZAU. (*Sentado y con aire socarron.*) ¡Eh! por ejemplo, los que piensan heredarme.

GELER. No falta quien os pudiera heredar en vida.

RANTZAU. (*Mirándole con calma.*) Señor baron, vos, que en calidad de consejero conoceis nuestras leyes, ¿habeis leido el artículo 302 del código danés?

GELER. No, señor.

RANTZAU. Me lo figuraba. Dice que no basta que quede declarada una herencia; es menester además ser apto para heredar.

GELER. ¿Y con quién habla ese axioma?

RANTZAU. Con los que carecen de aptitud.

GELER. Caballero, lo decis con un tono... tan remontado...

RANTZAU. (*Levantándose y en el mismo tono.*) Perdonad .. ¿Vais mañana al baile de la condesa?

GELER. (*Irritado.*) Señor conde...

RANTZAU. ¿Bailareis con ella?... ¡Dirigis las comparsas!

GELER. ¡Yo sabré lo que quiere decir esa rechifla!

RANTZAU. Me acusabais de remontarme demasiado... me he bajado un poco... me he puesto á vuestro nivel.

GELER. ¡Esto ya es demasiado!

CAROLINA. (*Junto á la ventana.*) ¡Callad, por Dios! creo que vuelve á empezar el alboroto.

GELER. (*Espantado.*) ¿Otra vez? ¿No se acabará esto nunca? ¡Esto es insoportable!

CAROLINA. ¡Dios mio! ¡Todo está perdido!... ¡Ah! ¡mi padre!

ESCENA IV.

KOLLER, *en un estremo del teatro á la izquierda*; GELER, CAROLINA, FALKLEND, RANTZAU, *en el otro estremo á la derecha.*

FALKLEND. ¡Tranquilizaos! Esos gritos que se oyen á lo léjos nada tienen ya de alarmantes.

GELER. ¡Ya lo dije yo!... ¡eso no podia durar!

CAROLINA. ¿Se ha concluido ya todo?

FALKLEND. No enteramente; pero va mejor.

RANTZAU y KOLLER. (*Aparte cada uno y con desagrado.*) ¡Malo!...

FALKLEND. Por mas que se le decia á la muchedumbre que nadie habia atentado á la libertad de Burkenstaf, y que él mismo acaso, por prudencia ó por modestia, habria querido evadirse del triunfo que se le preparaba...

RANTZAU. ¡Oh! en momentos como estos no era verosímil.

FALKLEND. No digo que no; así que, hubiera costado probablemente mucho trabajo convencer á sus parciales, si no hubiera llegado casualmente un regimiento de infantería, con el cual no contábamos, y que de paso para su nueva guarnicion atravesaba Copenhague tambor batiente y á banderas desplegadas. Su presencia inesperada ha cambiado la disposicion de los ánimos; hemos empezado á entendernos, y mediante las repetidas promesas que se han hecho de emplear todos los esfuerzos posibles para descubrir el paradero de Berton Burkenstaf, cada cual se ha retirado á su casa, escepto algunos individuos que parecian mas empeñados que los demás en escitar y prolongar el desórden.

KOLLER. (*Aparte.*) ¡Los nuestros!

FALKLEND. Pero nos hemos apoderado de ellos.

KOLLER. (*Aparte.*) ¡Cielos!

FALKLEND. Y como ahora ya estamos en el caso de dar un corte decisivo...

GELER. Eso es lo que yo estoy diciendo toda la mañana.

FALKLEND. Como no es cosa de que semejantes escenas se reproduzcan á cada momento, estamos decididos á tomar medidas sérias...

RANTZAU. ¿Y quiénes son los arrestados?

FALKLEND. Gente oscura y desconocida.

KOLLER. ¿Se saben sus nombres?

FALKLEND. Herman y Gustavo.

KOLLER. (*Aparte.*) ¡Habrá torpes!

FALKLEND. Fácil es conocer que esos miserables no obraban por inspiracion propia; habian recibido instrucciones y dinero... y lo que nos importa saber ahora es la calidad de las personas que los ponen en juego.

RANTZAU. (*Mirando á Koller.*) Pero ¿las nombrarán?

FALKLEND. ¿Quién lo duda?... Su perdon si cantan, y fusilados si callan. (*A Rantzau.*) Vengo precisamente á buscaros para proceder á su interrogatorio, y que descubramos por este medio el núcleo del complot.

KOLLER. (*Llegándose á Falklend.*) Del cual creo tener cogidos ya algunos cabos...

FALKLEND. ¿Vos, Koller?

KOLLER. Si. (*Aparte.*) No hay otro medio de salvarme.

RANTZAU. ¿Y por qué no nos habeis comunicado antes vuestras luces en la materia?

KOLLER. Hasta hoy no tenia ningun dato seguro... pero me he apresurado á venir. Esperaba á que se concluyese el consejo para hablar al conde Estruansé, pero puesto que VV. EE. están aquí...

FALKLEND. Bien... estamos dispuestos á oiros.

CAROLINA. Me retiro, señor.

FALKLEND. Si, por un instante.

CAROLINA. Señores... (*Saluda y sale por la izquierda: Geler le da la mano, y hace ademan de salir por el foro.*)

ESCENA V.

KOLLER, GELER, FALKLEND, RANTZAU.

FALKLEND. (*A Geler.*) Quedaos, querido; como secretario que sois del consejo, teneis derecho de asistir á esta conferencia.

RANTZAU. (*Con gravedad.*) En la cual vuestras luces y vuestra esperiencia pueden sernos de grande utilidad... (*Aparte y mirando á Koller.*) Nuestro hombre está apurado; no le perdamos de vista, y procuremos que salga del paso, sin comprometer á la reina madre, ni á otros amigos que acaso puedan ser útiles todavía. (*Mientras ha dicho esto, Geler y Falklend han tomado sillas y se han sentado á la derecha de la escena.*)

FALKLEND. Hablad, coronel... comunicadnos esos datos que poseeis, y que despues pondremos en conocimiento del consejo.

KOLLER. (*Buscando palabras.*) Hacia tiempo ya, señores, que yo sospechaba contra los miembros de la regencia la existencia de un complot, que varios indicios me hacian presumir, pero del cual no podia conseguir prueba ninguna positiva y determinante. Para conseguirlo, he procurado granjearme la confianza de algunos de sus jefes; me he quejado, he manifestado descontento, hasta he dejado traslucir que no estaba muy ajeno de conspirar; mas, les he propuesto medios, los he animado...

GELER. Eso se llama sutileza...

RANTZAU. (*Friamente.*) Si, se puede llamar así... si se quiere.

KOLLER. (*A Falklend.*) Mi industria consiguió el objeto que deseaba, porque esta mañana misma han venido á proponerme que entre en un complot que debe verificarse esta noche... en la comida que dais á los ministros, vuestros colegas.

GELER. ¡Hola!

KOLLER. Los conjurados deben introducirse en el palacio con diversos disfraces, y penetrando en el comedor, apoderarse de cuantos encuentren.

FALKLEND. ¿Es posible?

GELER. Hasta de los que no son ministros... ¡qué horror! (*A Rantzau.*) ¿Y no os estremeceis?

RANTZAU. (*Friamente.*) Todavía no. (*A Koller.*) ¿Estais seguro, coronel, de lo que contais?

KOLLER. Estoy seguro... es decir... estoy seguro de que me lo han propuesto... y me apresuraba á preveniros.

RANTZAU. (*Ayudándole.*) Bien... pero ¿no conoceis á los que os han hecho esas proposiciones?

KOLLER. Si por cierto... Herman y Gustavo, los mismos que acaban de prender... y que no dejarán de disculparse, y de acusarme... pero... felizmente... tengo pruebas aquí; esta lista... escrita... y dictada por ellos.

FALKLEND. (*Arrebatándosela.*) La lista de los conjurados... (*La recorre.*)

RANTZAU. (*Aparte, con compasion.*) Hé ahí... honrados conspiradores sin duda... ¡pobres gentes! Fiaos luego de canalla como este... que al primer riesgo os venden para salvarse...

FALKLEND. (*Entregándole la lista.*) Mirad... ¿qué decís?

RANTZAU. Digo que en todo eso no veo nada todavía de positivo.. Cualquiera puede hacer una lista de conjurados; eso no prueba que haya conspiracion. Es preciso además un objeto, un jefe.

FALKLEND. Pero ¿no veis que ese jefe... es la reina madre, es María Julia?

RANTZAU. No hay nada que lo demuestre, á no ser que el coronel... (*Con intencion.*) tenga pruebas... positivas... personales...

KOLLER. No, señor.

RANTZAU. (*Aparte.*) No es poca fortuna; esta es la primera vez que este imbécil me ha entendido.

GELER. ¡Oh! entonces el trance es muy delicado.

RANTZAU. ¡Sin duda! (*Enseñando la lista.*) Aquí hay personas distinguidas, gentes de alta categoría... Se les ha de condenar ciegamente, solo porque se les ha antojado á los señores Herman y Gustavo hacer una confianza al coronel Koller... confianza por otra parte muy bien colocada?... En fin, el señor baron, que está versado en las leyes, os dirá como yo que (*Marcadamente.*) donde no hay principio de ejecucion, no hay reo.

GELER. ¡Cierto!

FALKLEND. (*Se levanta y Rantzau tambien.*) Bueno... pero dejémosles ejecutar su complot... que no se trasluzca nada, coronel, de la comunicacion que acabais de hacernos; no se altere nada en el órden de la comida; que se verifique por el contrario; ténganse soldados ocultos en el palacio, cuyas puertas permanecerán abiertas.

RANTZAU. (*Aparte.*) ¡Gracias á Dios!... qué ¡trabajo cuesta inspirarles ideas!

FALKLEND. Y en cuanto se presente un conjurado, que se le deje entrar, y es nuestro. Su presencia sola en mi casa á semejantes horas y las armas que traiga serán pruebas irrecusables.

RANTZAU. Enhorabuena.

GELER. Comprendo... pero ¿y si no viniesen?

RANTZAU. Seria señal de que habian engañado al coronel; no habria tal conjuracion ni tales conjurados.

FALKLEND. Eso lo veremos. (*Se dirige á la mesa de la izquierda, y escribe mientras Koller se separa y se mantiene en medio en el fondo.*)

RANTZAU. (*Aparte.*) Y no la habrá; prevengamos á la reina madre para que se estén todos en su casa. ¡Otra conspiracion ahortada! (*Mirando á Koller.*) ¡El los vende y yo los salvo! (*Alto.*) Señores, os saludo... me vuelvo á ver á Estruansé.

FALKLEND. (*A Geler.*) Esa órden para el gobernador... (*A Rantzau.*) Volveis, supongo.

RANTZAU. Por supuesto; en el caso presente no puedo comer ya sino en vuestra casa; es lance de honor; voy únicamente á dar cuenta á su escelencia de la bella conducta del coronel Koller, porque al cabo si no cogemos á esas gentes, no será culpa suya... él ha hecho cuanto estaba de su parte, y se le debe un premio...

FALKLEND. Y lo obtendrá.

RANTZAU. (*Con intencion.*) O no hay justicia en la tierra... yo me encargo de eso.

KOLLER. (*Inclinándose.*) Señor conde... estoy agradecidísimo...

RANTZAU. (*Con desprecio.*) Si, tal vez debierais estármelo... pero os dispenso... (*Vase.*)

KOLLER. (*Aparte.*) ¡Maldito! nunca sabe uno si este hombre es amigo ó enemigo... (*Saludando.*) Señores...

GELER. Os sigo, coronel. (*A Falklend.*) Con que, esta órden al gobernador... y corro á contar á la condesa lo que hemos decidido y lo que hemos hecho. (*Vase con Koller por el foro.*)

ESCENA VI.

FALKLEND, *riéndose con satisfaccion.*

Todas estas gentes son débiles, indecisas... y si uno no tuviera carácter y energía por todos ellos, si uno no los manejase... ese conde de Rantzau sobre todo, que no ve delincuentes en ninguna parte, que no se atreve á condenar á nadie... vacilando siempre, sin resolucion... ello si, es un buen hombre, que nos cederá su puesto de buena gana en cuanto le necesitemos para mi yerno... ¡Oh! y esto no está léjos ya.

ESCENA VII.

FALKLEND, CAROLINA, *saliendo por la izquierda.*

CAROLINA. ¿Bajais al salon, padre mio?

FALKLEND. Si, al momento.

CAROLINA. Bien; porque no tardarán en venir los convidados, y me cuesta tanto trabajo hacer los honores de la casa cuando me dejais sola... hoy sobre todo, que no me siento buena.

FALKLEND. ¿Pues qué?

CAROLINA. La agitacion del dia, sin duda...

FALKLEND. Si no es otra cosa, tranquilízate; te dispenso de bajar al salon, y aun de asistir á la comida.

CAROLINA. ¿De veras?

FALKLEND. Si, vale mas, porque pudiera ocurrir algo... y

las mujeres siempre se asustan y se desmayan...

CAROLINA. ¿Qué quereis decir?

FALKLEND. Nada, no hay necesidad de que sepas ..

CAROLINA. No, hablad, hablad sin temor... ¡Ah! ya entiendo... esa comida tenia por objeto la celebracion de los esponsales, que se diferirán... que acaso no se verifiquen ya... Si es eso lo que temeis decirme...

FALKLEND. (*Con frialdad.*) No por cierto, la boda se realizará.

CAROLINA. ¡Dios mio!

FALKLEND. (*Con calma y mirándola.*) No hay variacion ninguna; y á propósito, hija mia, dos palabras...

CAROLINA. (*Bajando los ojos.*) Ya escucho.

FALKLEND. Los asuntos del estado no absorben de tal manera mis ideas que no pueda observar lo que pasa en mi casa; hace algun tiempo que he creido notar que un jóven oscuro, un nadie, á quien mi bondad habia dado entrada en mi casa, se atreve á poner los ojos... (*Movimiento de Carolina.*) ¿Lo sabiais, Carolina?

CAROLINA. Si, señor.

FALKLEND. Le he despedido; y sean las que fueren sus habilidades y su mérito personal, que os he oido ponderar demasiado... os declaro aquí formalmente, y ya sabeis si mis determinaciones son enérgicas, que aunque pendiese de ello mi vida, no consentiria jamás...

CAROLINA. Tranquilizaos, padre mio; sé muy bien que la idea sola de una boda desigual os haria desgraciado, y... os lo prometo... ¡no sereis vos el desgraciado!

FALKLEND. (*Coge la mano de su hija, y despues de una pausa dice.*) Ese valor es el que yo necesito... Te dejo... te disculparé en la mesa; diré que estás mala, y aun me temo que no mentiré; quédate en tu cuarto, y suceda esta noche lo que suceda, oigas lo que oigas, guárdate de salir de él. Adios. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CAROLINA, *rompiendo á llorar.*

¡Ah!... se ha marchado... ¡por fin puedo llorar!... ¡Pobre Eduardo!... ¡tantos sacrificios, tanto amor! ¿Este será su premio?... ¡Olvidarle! ¿Y por quién? ¡Dios mio! ¡qué injusta es la suerte! ¿Por qué no le ha dado el nacimiento de que era digno? ¡Entonces hubiera yo podido amar libremente las virtudes que brillan en él! ¡entonces todos hubieran aprobado mi eleccion... y ahora es un delito pensar en él! Pero este dia es mio todavia... todavia no soy de nadie, soy libre... y ya que no he de volverle á ver...

ESCENA IX.

CAROLINA, EDUARDO, *envuelto en una capa, entrando por la derecha precipitadamente.*

EDUARDO. Han perdido mi huella.

CAROLINA. ¡Cielos!

EDUARDO. (*Volviéndose.*) ¡Ah! ¡Carolina!

CAROLINA. ¿Qué os trae? ¿De qué procede esta osadia? ¿Con qué derecho, caballero, os atreveis á penetrar hasta aquí?

EDUARDO. ¡Perdon! ¡Mil veces perdon!... Ahora mismo, en el momento en que cubierto con esta capa me introducia en el palacio, varios hombres que no parecen de la casa se han arrojado sobre mi; me he podido soltar de sus manos, y conociendo mejor que ellos las entradas, he llegado á esta escalera, donde he dejado de oir sus pasos.

CAROLINA. Pero ¿con qué objeto os introducis de esta manera en la casa de mi padre? ¿á qué ese misterio... esas armas? Hablad; esplicaos... lo exijo, lo mando.

EDUARDO. Mañana me marcho; el regimiento á que he sido destinado sale de Dinamarca... He dirigido al baron de Geler una esquela que exigia una contestacion pronta, y como tardaba, he venido á buscarla en persona.

CAROLINA. ¡Dios mio!... ¡un desafio!... estoy segura... ¡Delirais, Eduardo! ¡os vais á perder!

EDUARDO. ¿Qué importa, si consigo impedir vuestra boda? No tengo otro medio.

CAROLINA. ¡Eduardo!... ¡si tengo sobre vos alguna influencia, no desoireis mis ruegos; renunciareis á ese proyecto; no insultareis al baron, ni provocareis un escándalo, terrible para vos... y para mi, caballero!... Si; yo pongo en vuestras manos mi reputacion; tengo confianza en vuestro pundonor... Me equivocaré al creer...

EDUARDO. ¡Ah! ¿qué me pedis? Exigis que os lo sacrifique todo... hasta mi venganza... y habreis de ser de otro, del mismo á quien quereis que perdone...

CAROLINA. No; ¡os lo juro!

EDUARDO. ¿Qué decis?

CAROLINA. Que si cedeis á mis súplicas, rehusaré esa boda; permaneceré libre; quiero serlo... si, os lo juro aquí... no seré vuestra ni de Geler.

EDUARDO. ¡Carolina!

CAROLINA. Ahora conoceis cuanto pasa en mi corazon; ya no nos volveremos á ver; viviremos para siempre separados; pero al menos sabreis que no sois vos el único que padece, y que ya que no puedo ser vuestra, no seré de nadie.

EDUARDO. (*Con alegria.*) ¡Ah! apenas puedo creerlo todavía.

CAROLINA. Ahora partid... demasiado tiempo habeis estado ya aquí: no espongais los únicos bienes que me quedan, mi honor, mi reputacion; no tengo otros; y si hubiese de perderlos ó de verlos comprometidos... antes quisiera morir.

EDUARDO. Y yo, primero perder cien vidas que esponeros á la mas leve sospecha: nada temais, me alejo. (*Abre la puerta por donde ha entrado.*) ¡Cielos! hay soldados al pie de la escalera.

CAROLINA. ¡Soldados!

EDUARDO. (*Señalando la puerta del foro.*) Por aquí á lo menos...

CAROLINA. (*Deteniéndole.*) No... ¿no ois ruido? (*Escuchando.*) Suben... es la voz de mi padre... varias personas le acompañan... vienen todos... ¡Ah! ¡si os encuentran aquí solo conmigo, soy perdida!

EDUARDO. ¡Perdida! ¡oh! ¡no! yo os respondo con mi vida. (*Señalando á la puerta de la izquierda.*) Allí. (*Se precipita dentro.*)

CAROLINA. ¡Cielos! ¡mi cuarto! (*La puerta se cierra, Carolina oye subir por la puerta del foro, se abalanza á la mesa de la izquierda, coge un libro y se sienta.*)

ESCENA X.

CAROLINA, GELER, FALKLEND, KOLLER, *algo en el fondo, con algunos soldados,* RANTZAU, *varios señores y damas, soldados que permanecen en el fondo por la parte de afuera.*

FALKLEND. Esta es la única parte de la casa que no se ha registrado.

CAROLINA. ¡Dios mio! ¿qué hay?

GELER. Un complot fraguado contra nosotros.

FALKLEND. Y que yo hubiera querido ocultarte; un hombre se ha introducido en la casa.

GELER. Las guardias emboscadas en el primer patio dicen haber visto deslizarse tres.

RANTZAU. ¡Otros dicen siete!... de suerte que pudiera muy bien no haber ninguno.

FALKLEND. Por lo menos habia uno, y estaba armado; dígalo la pistola que ha dejado caer en el segundo patio al huir; por otra parte, si ha buscado asilo en este lado de la casa, como yo creo, no ha podido penetrar en el sino por esa escalera, y es raro que no le hayas visto.

CAROLINA. (*Con agitacion.*) No, ciertamente: nada.

FALKLEND. O á lo menos que no hayas oido...

CAROLINA. (*Con la mayor turbacion.*) Hace un momento, efectivamente, estaba yo leyendo, y... se me figuró que habia oido á alguien cruzar por esta pieza, como quien va hácia el salon, y allí será sin duda donde...

GELER. Imposible; nosotros venimos de allí, y si no hubiese soldados al pie de esa escalera, creeria yo que está todavía...

FALKLEND. A ver, Koller. (*Haciendo seña á dos soldados, que abren la puerta de la derecha y desaparecen con Koller.*)

RANTZAU. (*Aparte.*) Algun torpe, alguno que no habrá recibido la contra-órden, y que habrá acudido solo á la cita.

KOLLER. (*Entrando.*) ¡Nadie!

RANTZAU. (*Aparte.*) ¡Tanto mejor!

KOLLER. No entiendo por qué rara casualidad han cambiado de plan.

RANTZAU. (*Aparte sonriéndose.*) ¡La casualidad! ¡todos los necios creen en ella!

FALKLEND. (*A él y á algunos soldados, señalando el cuarto de la izquierda.*) No queda mas que este cuarto.

CAROLINA. ¿El mio? ¡Señor!

FALKLEND. No importa, no importa: entrad. (*Geler, Koller y algunos soldados se presentan en la puerta del cuarto, que se abre de repente, y aparece Eduardo.*)

ESCENA XI.

CAROLINA, EDUARDO, GELER, KOLLER, FALKLEND, RANTZAU.

TODOS. (*Viendo á Eduardo.*) ¡Cielos!

CAROLINA. ¡Yo muero!

EDUARDO. Aquí estoy; yo soy el que buscais.

FALKLEND. (*Irritado.*) ¡Eduardo Burkenstaf en el cuarto de mi hija!

GELER. Tambien conjurado.

EDUARDO. (*Mirando á Carolina, que está próxima á desmayarse.*) Sí, ¡tambien conjurado! (*Con energía, avanzando hácia el medio de la escena.*) Sí, ¡conspiraba!

TODOS. ¡Es posible!

KOLLER. Y yo no lo sabia...

RANTZAU. Tambien él...

KOLLER. (*Aparte.*) Debe saberlo todo; si habla me compromete. (*Entre tanto Falklend ha hecho seña á Geler que se siente á la mesa de la izquierda y escriba. Se vuelve hácia Eduardo.*)

FALKLEND. ¿Dónde están vuestros cómplices? ¿quiénes son?

EDUARDO. No los tengo.

KOLLER. (*Bajo á Eduardo.*) ¡Bravo! (*Se aleja rápidamente. Eduardo le mira con asombro y se acerca á Rantzau.*)

RANTZAU. (*Aparte, haciendo un gesto de aprobacion á Eduardo.*) No es un vil este.

FALKLEND. (*A Geler.*) ¿Habeis escrito? (*Volviéndose á Eduardo.*) Sin cómplices, ¿eh?... es imposible; los alborotos de que vuestro padre ha sido hoy causa ó pretesto, las armas que traeis, prueban un proyecto de que ya teníamos conocimiento; queriais atentar á la libertad de los ministros, á su vida tal vez, y semejante proyecto vos solo no podiais llevarle á cabo.

EDUARDO. ¡Nada tengo que responder, y de mi no sabreis nunca otra cosa sino que conspiraba contra vos! Queria quebrantar el yugo vergonzoso que oprime al rey y á Dinamarca; si, existen entre vosotros gentes indignas del poder, y cobardes, á quienes he desafiado en balde.

GELER. Sobre eso daré esplicaciones al consejo.

FALKLEND. ¡Silencio, Geler! Puesto que el señor Burkenstaf confiesa que estaba metido en una conspiracion...

EDUARDO. (*Con energía.*) ¡Sí!

CAROLINA. (*A Falklend.*) Os engaña, es falso.

EDUARDO. Señorita, perdonad; debo de decir lo que digo; tengo á mucha honra el poderlo confesar en alta voz, (*Con intencion y mirándola.*) y dar así al partido á quien sirvo esta última prueba de adhesion.

KOLLER. (*Bajo á Rantzau.*) Es hombre perdido, y su partido tambien.

RANTZAU. (*Aparte y solo á la derecha del espectador.*) Todavía no; esta es ocasion de soltar á Burkenstaf; ahora que se trata de su hijo, fuerza será que se presente de nuevo; y esta vez veremos... (*Se vuelve hácia Falklend y Geler, que se han acercado á él.*)

FALKLEND. (*Dando á Rantzau el papel que le ha entregado Geler, y dirigiéndose á Eduardo.*) ¿Es esta vuestra última declaracion?

EDUARDO. Sí, he conspirado; sí, estoy pronto á firmarlo con mi sangre: no sabreis una palabra mas. (*Geler, Falklend y Rantzau parecen deliberar. Entre tanto Carolina dice á Eduardo en voz baja.*)

CAROLINA. ¡Os perdeis! Os cuesta la vida.

EDUARDO. (*Id.*) ¿Qué importa? No quedareis comprometida; os lo habia jurado.

FALKLEND. (*Dejando de hablar con sus colegas, y dirigiéndose á Koller y á los soldados, que están detrás de él, les dice señalando á Eduardo.*) Prendedle.

EDUARDO. Vamos.

RANTZAU. (*Aparte.*) ¡Pobre mozo! (*Tomando un polvo.*) ¡Esto va bien! (*Los soldados se llevan á Eduardo por el foro.*)

CAE EL TELON.

ACTO CUARTO.

Habitacion de la reina madre en el palacio de Cristiamborg.—Dos puertas laterales. Puerta secreta á la izquierda.—A la derecha un velador cubierto con un rico tapete.

ESCENA I.

La REINA *á la derecha, sentada junto al velador.*

¡Nadie! ¡nadie todavía! Mi inquietud se aumenta por momentos; no entiendo este billete anónimo. (*Leyendo.*) «A pesar de la contra-órden que habeis dado, uno de los conjurados fué preso ayer noche en el palacio de Falklend. Es el jóven Eduardo Burkenstaf. ¡Haced por ver á su padre y ponedle en movimiento! No hay tiempo

que perder.» ¡Eduardo Burkenstaf preso como conspirador! ¡Con que era de los nuestros! Entonces ¿por qué Koller no me ha prevenido? No le he visto desde ayer; no sé qué es de él. Con tal que no esté tambien comprometido, es el único amigo con quien puedo contar; acabo de ver al rey; le he hablado; tenia confianza con él; pero su cabeza está mas débil que nunca; es todo lo mas si me ha conocido y me ha comprendido... y si ese jóven, intimidado por las amenazas, nombra á los jefes de la conspiracion; si me vende... mas no; es pundonoroso; tiene valor. Pero ¿y su padre, que no viene, y que es mi única esperanza?... Le he enviado á decir que me traiga las telas que le he encargado, y ha debido comprenderme; ¡en el dia nuestra suerte y nuestros intereses son los mismos! de nuestra armonia depende el éxito.

Un ujier de la cámara. (*Entrando.*) El señor Berton Burkenstaf quiere presentar unas telas á V. M.

Reina. (*Con viveza.*) Que entre, que entre.

ESCENA II.

La Reina, Berton, Marta *con telas debajo del brazo, el* Ujier, *que permanece en el fondo.*

Berton. Ya ves, mujer; no nos han hecho hacer antesala un solo instante.

Reina. Venid; os esperaba.

Berton. ¡V. M. es demasiado amable! Me habeis hecho llamar á mi; pero yo me he tomado la libertad de traer á mi mujer para que vea el palacio, y sobre todo el favor con que me honra V. M.

Reina. Poco importa si es de fiar. (*Al ujier.*) Dejadnos. (*Vase.*)

Marta. Aquí tiene V. M...

Reina. No se trata de eso. ¿Sabeis lo que pasa?

Berton. No, señora; no he salido de mi casa. Por una casualidad que no hemos podido comprender estaba encerrado.

Marta. Y lo estaria todavía, á no ser por un aviso secreto que he recibido.

Reina. (*Con viveza.*) No importa... Os he llamado, Burkenstaf, porque necesito vuestros consejos y vuestro ausilio.

Berton. ¡Es posible! (*A Marta.*) Ya lo oyes.

Reina. Esta es la ocasion de emplear vuestro influjo, de presentaros por fin.

Berton. V. M. cree...

Marta. Yo creo que es la ocasion de estarse quieto... perdone V. M.... pero demasiado ha dado ya que decir.

Berton. ¿Callarás? (*La reina le hace señas de que se modere, y va á mirar por el foro si los escuchan. Entre tanto Berton prosigue á media voz, dirigiéndose á su mujer.*) ¡Eso es perjudicar mis ascensos, cortarme la suerte!

Marta. (*A media voz á su marido.*) ¡Linda suerte! ¡rotos nuestros muebles, nuestros géneros saqueados, seis horas de cárcel en un sótano!

Berton. (*Fuera de sí.*) ¡Marta!—Pido mil perdones á V. M. (*Aparte.*) Si yo hubiera sabido esto, me hubiera guardado muy bien de traerla. (*Alto.*) ¿Qué exigis de mi?

Reina. Que unais vuestros esfuerzos á los mios para salvar nuestro pais oprimido, y devolverle la libertad.

Berton. Señora, todo el mundo me conoce; no hay cosa que yo no haga por la patria y por la libertad.

Marta. Y por ser nombrado burgo-maestre; porque esto es lo que deseas ahora.

Berton. Lo que deseo es que calles, ó sino...

Reina. Silencio.

Berton. (*A media voz.*) Hablad, señora; hablad.

Reina. Koller, uno de los nuestros, os habrá instruido ya de nuestros proyectos de ayer.

Berton. No, señora.

Reina. ¿Es posible? Eso me asombra...

Berton. (*Con impaciencia.*) Y á mi... porque al fin, si el señor Koller es uno de los nuestros, me parece que yo era el primero con quien se debia contar.

Reina. Sobre todo despues de la prision de vuestro hijo.

Marta. (*Dando un grito.*) ¿Preso, decis? ¡Mi hijo preso!

Berton. ¡Se han atrevido á prender á mi hijo!

Reina. ¿Qué? ¿no lo sabeis?... Está acusado de conspiracion. Su vida está en peligro; por eso os he llamado.

Marta. (*Corriendo hácia ella.*) ¡Ah! eso es distinto; si yo hubiera sabido... perdonadme, señora... perdonadme... (*Llorando.*) ¡Mi hijo... hijo mio! (*A Berton con calor.*) La reina dice bien; es preciso salvarle.

Berton. Si; es preciso subievar el barrio; alborotar toda la ciudad.

Marta. ¿Y te estás ahí? ¿no estás ya en medio de nuestros amigos, de nuestros vecinos, de nuestros dependientes para provocarlos como ayer á la rebelion?

Reina. Eso es todo lo que os pido.

Berton. Entiendo, entiendo; pero es preciso deliberar...

Marta. Es preciso tomar las armas y correr á palacio... que me vuelvan mi hijo. (*Siguiendo á su marido, que retrocede algunos pasos hácia la derecha.*) No eres hombre si sufres este ultraje, si tú y los habitantes de esta ciudad tolerais que arrebaten un hijo á su madre, que le sepulten sin razon en un calabozo, que derriben su cabeza; es interés de todos... es la causa del pais y de su libertad.

Berton. ¡Hola! la libertad... tú tambien...

Marta. (*Fuera de sí.*) Si, la libertad de mi hijo; poco me importa lo demás: yo no veo mas que esa; pero esa la lograremos.

Reina. En vuestras manos la tenels; yo os ayudaré con todo mi poder y todos los adictos á mi causa: pero moveos... moveos por vuestra parte para derribar á Estruansé.

Marta. Si, señora, y para salvar á mi hijo: contad con nuestra adhesion.

Reina. Tenedme al corriente de cuanto hagais, y de los progresos de la sedicion. (*Señalando la puerta de la izquierda.*) Por esa escalera secreta que da á los jardines podeis estar en comunicacion conmigo y recibir mis órdenes... Alguien viene; partid.

Berton. Bien está; bien... pero si además me dijeseis lo que es preciso...

Marta. (*Arrastrándole.*) Es preciso seguirme... mi hijo nos espera... ven... ven pronto. (*A la reina.*) Pierda cuidado V. M.; yo os respondo de él y de la rebelion. (*Sale llevándose á su marido por la puerta de la izquierda; al mismo tiempo aparece en el foro el ujier.*)

Reina. ¿Qué hay? ¿qué quereis?

Ujier. Dos ministros vienen en nombre del consejo á hacer á V. M. una comunicacion importante.

Reina. (*Aparte.*) ¡Cielos! ¿qué será? (*Alto.*) Que entren. *Se sienta.*)

ESCENA III.

El conde de Rantzau, Falklend, *la* Reina.

Falklend. Señora, de ayer acá la tranquilidad de Copenhague se ha visto sériamente comprometida: varias veces se han manifestado grupos y se han proferido gritos sediciosos en distintos puntos; y ayer, por último, se ha tratado de llevar á cabo en mi misma casa un complot, cuyos jefes se ignoran, pero acerca de los cuales tenemos sospechas...

Reina. Creo en efecto, señor conde, que os sea mas fácil tener sospechas que pruebas.

Rantzau. (*Con intencion y mirando á la reina.*) Verdad es que Eduardo Burkenstaf se obstina en callar... pero...

Falklend. Obstinacion ó generosidad que le costará la vida. Entre tanto, para ahogar en su orígen esas sediciones, cuyos corifeos no quedarán impunes mucho tiempo, venimos en nombre del gobierno á intimaros la órden de no salir de este palacio.

Reina. ¿A mí? ¿y con qué derecho?

Falklend. Con un derecho que no teníamos ayer, y que hoy nos abrogamos. Una conspiracion descubierta le da fuerza á un gobierno. Estruansé, que vacilaba todavía, se ha decidido por fin á adoptar las medidas enérgicas propuestas por mí: el que da pronto, da dos veces. Y por consiguiente, no se juzgarán ya los delitos de estado por los tribunales ordinarios, sino por el consejo de regencia, único tribunal competente: allí se está decidiendo ahora la suerte de Eduardo Burkenstaf, entre tanto que hacemos comparecer reos de mas alta categoría.

Reina. ¡Señor conde!

ESCENA IV.

Rantzau, Geler, Falklend, *la* Reina.

(*Geler entra por el fondo con varios papeles en la mano, saluda á la reina, y se dirige á Falklend sin ver á Rantzau, que está detrás de él.*)

Geler. Aquí está el decreto del consejo que acabo de espedir en calidad de secretario, y al cual solo faltan dos firmas.

Falklend. Bien.

Geler. (*Con aturdimiento y enseñando otros papeles.*) Aquí está tambien, segun me habeis encargado, el proyecto de decreto para la exoneracion de...

Falklend. (*En voz baja señalando á Rantzau.*) ¡Silencio!

Geler. (*Aparte.*) Es verdad, no le habia visto. (*Mirando á Rantzau, cuya fisonomía ha permanecido impasible.*) No lo ha oido, ni se le pasa por la imaginacion.

Falklend. (*Recorriendo los papeles.*) La sentencia de Eduardo Burkenstaf. (*Leyendo.*) ¡Condenado!

Reina. ¡Condenado!

Falklend. Sí, señora; é igual suerte espera en lo sucesivo á cualquiera que se atreva á imitarle.

Geler. He encontrado tambien una diputacion de magistrados y consejeros del tribunal supremo: quejosos de que el consejo de regencia entienda en la causa de Eduardo Burkenstaf, en perjuicio, segun dicen, de sus atribuciones, venian á representar al rey, y cuentan para este paso con V. M.

Falklend. Ya lo veis, señora, todos los descontentos hacen causa comun con vos.

Reina. Y gracias á vuestro cuidado, mi córte se aumenta diariamente.

Falklend. (*A la reina.*) No quiero negar á V. M. el placer de esta entrevista. (*A Geler.*) Decid que entren; les daremos audiencia en vuestra presencia.

ESCENA V.

Rantzau, *el* Presidente, cuatro consejeros, Geler, Falklend, *cerca de la reina.*

Falklend. Señores, sé el motivo que os trae; nos hemos visto precisados á alterar el curso natural de la justicia, bien á nuestro pesar, para evitar, por medio de un castigo rápido, escenas semejantes á las pasadas.

Presidente. (*Con voz firme.*) Perdonad, señor; cuando el estado está en peligro, cuando el órden público está amenazado, se debe pedir á la justicia y á las leyes un apoyo contra la rebelion, y no apoyarse en la rebelion para derribar la justicia.

Falklend. (*Con altanería.*) Cualquiera que sea vuestra opinion en el particular, debo recordaros, señores, que estamos en un país donde nadie puede usar semejante lenguaje con el gobierno; os aconsejo que empleeis vuestro ascendiente sobre el pueblo en exhortarle á la sumision; de otra suerte, que no culpe á nadie de las desgracias que pudieren sobrevenir. Esta noche han entrado tropas en la capital, la guardia del palacio está confiada al coronel Koller, quien tiene órden de repeler la fuerza con la fuerza, y para probar á todos que nada puede intimidarnos, Eduardo Burkenstaf, hijo de ese comerciante rebelde á quien habíamos perdonado, Eduardo Burkenstaf, convencido por su propia confesion de conspirador contra el consejo de regencia, acaba de ser condenado á muerte, y su sentencia es lo que firmo. (*A Rantzau.*) Conde de Rantzau, solo falta vuestra firma.

Rantzau. (*Friamente.*) No la daré.

Todos. ¿Cómo?

Falklend. ¿Por qué?

Rantzau. Porque la sentencia me parece injusta, así como la determinacion de quitarle al tribunal supremo las atribuciones que de derecho le corresponden.

Falklend. ¡Señor conde!

Rantzau. Esa es al menos mi opinion; desapruebo todas esas medidas... están en contradiccion con mi conciencia; no firmaré.

Falklend. Pero eso debierais haberlo dicho en el consejo.

Rantzau. En todas partes se debe protestar contra la injusticia.

Geler. En esos casos, señor conde, da uno su dimision.

Rantzau. Ayer me era imposible, estabais en peligro; hoy sois poderosos, nada se os opone, puedo retirarme sin bajeza; y en cuanto á esa dimision que el caballero Geler parece desear con tanta impaciencia...

Falklend. Daré cuenta á la regencia, que la admitirá.

Geler. La aceptaremos.

Falklend. Señores, me parece que me habreis entendido... podeis retiraros.

Presidente. (*A Rantzau.*) No esperábamos menos de vos, señor conde; os damos las gracias en nombre de la patria. (*Vase con los consejeros.*)

Falklend. Voy á dar cuenta á Estruansé de una conducta tan inesperada.

RANTZAU. Pero tan de vuestro gusto.

FALKLEND. (*Saliendo.*) ¿Venis conmigo, Geler?

GELER. Ahora mismo. (*Acercándose á Rantzau con aire bufon.*) Quisiera antes...

RANTZAU. ¿Darme las gracias?... No hay de qué... ya sois ministro.

GELER. De odos modos lo hubiera sido. (*Enseñándole los papeles que conserva en la mano.*) Habia tomado mis medidas... (*Restregándose las manos.*) ¿No os dije que os derribaria?

RANTZAU. (*Sonriéndose.*) Cierto. Señor baron, no quiero entreteneros; ¡daos prisa, ministro de un dia!

GELER. (*Sonriéndose.*) ¿Ministro de un dia?

RANTZAU. ¿Quién sabe?... puede ser que dure menos todavia. Por lo mismo sentiria mucho robaros un solo instante de poder. Los minutos son preciosos.

GELER. ¡Sea! (*Aparte.*) ¡Magnifico! ya están todos aterrados y confundidos. (*Saluda á la reina y vase.*)

ESCENA VI.

La REINA, *asombrada*; RANTZAU.

RANTZAU. (*Aparte.*) ¡Ah! ¡ah! Mis amados colegas estaban decididos á destituirme; los he ganado por la mano, y ahora veremos.

REINA. No vuelvo en mi de mi asombro. ¡Vos, Rantzau, dar vuestra dimision!

RANTZAU. ¿Por qué no? Hay momentos en que un hombre de honor debe dar la cara.

REINA. Pero os perdeis.

RANTZAU. No, señora; es gran cosa una dimision oportuna. (*Aparte.*) Es un anzuelo. (*Alto.*) Por otra parte, si he de confesaros mi debilidad, yo, hombre de estado, que me creia al abrigo de toda sensacion, me siento inclinado á ese pobre Eduardo; me ha indignado la conducta que con él han observado... y sobre todo, sus procederes para con V. M. han acabado de decidirme.

REINA. ¡Atreverse á arrestarme en palacio!

RANTZAU. Si no fuese mas que eso...

REINA. ¿Cómo? ¿tienen otros proyectos? ¿los sabeis?

RANTZAU. Si, señora; y ahora que ya no soy miembro del consejo, mi amistad puede revelároslos. Eduardo no es el único preso. Otros dos agentes subalternos... Herman y Gustavo...

REINA. ¡Dios mio!... han descubierto... ¡Ese pobre Koller estará comprometido!

RANTZAU. No, señora; ese pobre Koller es el primero que os ha abandonado, que os ha vendido.

REINA. ¡No es posible!

RANTZAU. La prueba... es que tiene ahora mas favor que nunca... que le han confiado la guardia de palacio; y cuando yo os decia ayer: no os fieis de él, que os venderá...

REINA. ¿De quién podrá uno fiarse, Dios mio?

RANTZAU. ¡De nadie!... Algun dia adquirireis esa triste esperiencia. Con pretesto de la causa que ahora fingirán formaros para cubrir las apariencias, están resueltos á encerraros en un castillo para toda vuestra vida. Esta noche misma deben llevaros, y el encargado de ejecutar esa órden... ¿qué digo? el que lo ha solicitado... es Koller.

REINA. ¡Qué horror!

RANTZAU. Debe venir aqui al anochecer.

REINA. ¡Koller!... semejante ingratitud... ¿y sabeis que tengo medios de perderle, que tengo cartas suyas?...

RANTZAU. (*Sonriéndose.*) Si, ¿eh? Ahora comprendo por qué tenia tanto interés en encargarse de vuestro arresto; queria sorprender vuestros papeles, y no remitir al consejo sino los que le pareciesen convenientes.

REINA. (*Que ha abierto un mueble y cogido unas cartas que presenta á Rantzau.*) Tomad... tomad... Si sucumbo, tenga al menos el consuelo de derribar su cabeza.

RANTZAU. (*Cogiendo con viveza las cartas y metiéndolas en la faltriquera.*) ¿Y qué hariais, señora, con la cabeza de Koller? Aquí no se trata de vengarse, sino de triunfar.

REINA. ¿Triunfar? ¿y cómo? Todos mis amigos me abandonan, escepto uno solo, una mano desconocida, tal vez la vuestra, que me ha aconsejado que me entienda con Berton Burkenstaf.

RANTZAU. ¡Yo! ¡señora!

REINA. (*Con viveza.*) En fin, ¿creeis que logre sublevar al pueblo?

RANTZAU. Él solo, no, señora.

REINA. Pues ayer bien lo consiguió.

RANTZAU. Por eso mismo no lo podrá hacer hoy; la autoridad está prevenida, está en guardia, ha tomado sus medidas; por otra parte, ese Berton es incapaz de obrar por si solo; es un instrumento, una máquina, una palanca; dirigida por un brazo hábil y poderoso, puede haceros grandes servicios, pero siempre que él mismo ignore para quién y cómo... Si raciocina, si se mete á comprender, ya no sirve para nada.

REINA. ¿Qué puedo hacer entonces?... Rodeada de enemigos y de lazos; sin ausilios, sin apoyo, amenazada mi libertad y acaso mi vida, es fuerza resignarme con mi suerte y saber morir... La condesa triunfa... y mi causa es una causa perdida...

RANTZAU. (*Friamente.*) Os equivocais; nunca ha estado mas ganada.

REINA. ¿Qué decis?

RANTZAU. Ayer nada se podia hacer, porque no teniais de vuestra parte mas que un puñado de intrigantes, y conspirabais sin objeto y á la buena ventura. Hoy teneis en vuestro favor la opinion pública, los magistrados, todo el pais, á quien se insulta, se ultraja y se pretende tiranizar, quitándole sus derechos. Vos le defendeis, y él defiende los vuestros. Nuestro rey Cristiano se ve despojado de su autoridad; vos y Eduardo Burkenstaf estais condenados contra toda ley; el pueblo se pronuncia siempre por los oprimidos: vos lo sois en este momento... á Dios gracias; es una ventaja de que es preciso aprovecharse.

REINA. Pero ¿de qué manera? El pueblo no puede ayudarme.

RANTZAU. No hagais cuentas con él; pero vivid segura en todo evento de tenerle por aliado.

REINA. Y si mañana Estruansé me ha de prender, ¿cómo impedirselo?

RANTZAU. (*Sonriéndose.*) Prendiéndole á él esta noche.

REINA. (*Asombrada.*) Os atreverierais...

RANTZAU. (*Friamente.*) No se trata aquí de mi... sino de V. M.

REINA. ¿Qué quereis decir?

RANTZAU. En primer lugar... ¿estais bien persuadida, como lo estoy yo, de que en las circunstancias presentes no os queda más esperanza ni otra alternativa que la regencia ó una prision perpetua?

REINA. Lo creo firmemente.

RANTZAU. Con semejante certeza todo se puede intentar; lo que en otro caso seria temeridad, viene á ser en este prudencia. (*Con calma y señalando la puerta de la izquierda.*) ¿Esta puerta no da al cuarto del rey?

REINA. Si; acabo de verle... está solo, abandonado de todos... en el estado casi de la infancia.

RANTZAU. Entonces, y puesto que podeis todavia entenderos con él, fácil os seria obtener...

REINA. ¿Quién lo duda?... pero ¿para qué? ¿de qué servirá la órden de un rey sin poder?

RANTZAU. (*A media voz, pero con energía.*) Consigámosla, y despues se verá.

REINA. ¿Y vos despues os movereis?

RANTZAU. Yo no.

REINA. ¿Quién, pues?

RANTZAU. (*Deteniéndose.*) Llaman.

REINA. (*A media voz.*) ¿Quién?

BERTON. (*Fuera.*) Yo, Berton de Rurkenstaf.

RANTZAU. (*A media voz.*) Perfectamente... ese es el hombre que necesitais para ejecutar vuestras órdenes; él y Koller.

REINA. ¿Koller?

RANTZAU. No es necesario que me vea; hacedle esperar aqui un momento, y venid á buscarme.

REINA. ¿Adónde?

RANTZAU. (*A media voz.*) ¡Allí!

REINA. ¡A la antecámara del rey! (*Rantzau sale.*)

ESCENA VII.

BERTON, *la* REINA.

BERTON. (*Entrando misteriosamente.*) Soy yo, señora, que no tengo nada que participar á V. M., y que vengo por lo mismo á consultar...

REINA. (*Con viveza.*) ¡Bien! ¡bien! El cielo os envia... Esperad aqui, y no salgais... esperad las órdenes que voy á daros, y que debereis ejecutar inmediatamente.

BERTON. (*Inclinándose.*) Si, señora... (*La reina se entra por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

BERTON.

No vendrá mal esto... sabré al menos lo que debo hacer... porque todo pesa sobre mi, y no sé á qué atenerme... Nuestro amo, ¿adónde hemos de ir?... Nuestro amo, ¿qué hemos de decir?... Nuestro amo, ¿qué hemos de hacer?... ¡Qué diablo sé yo! les respondo siempre... Esperad... no se pierde nada en esperar... pueden ocurrir ideas... al paso que si uno se precipita...

ESCENA IX.

JUAN, BERTON, MARTA.

BERTON. (*A Juan y Marta, que entran por la puerta de la izquierda.*) ¿Qué hay?

JUAN. (*Tristemente.*) Esto va mal... ¡todo está tranquilo!

MARTA. Las calles están desiertas, las tiendas cerradas; por mas que los artesanos que hemos puesto en movimiento han gritado ¡*viva Burkenstaf!* ¡nadie ha respondido!...

BERTON. Nadie... ¡Esto es inconcebible!... ¡Vea V.! ¡unas gentes que me adoraban ayer... que me llevaban en triunfo... y hoy permanecen en sus casas!

JUAN. ¿Y cómo diablos han de salir? Hay soldados y patrullas en todas las calles.

BERTON. ¿De veras?

JUAN. Las puertas de nuestros talleres están custodiadas por piquetes de caballería.

BERTON. ¡Dios mio!

MARTA. Y los primeros artesanos que han tratado de levantar la cabeza han sido presos al momento.

BERTON. (*Espantado.*) Eso es otra cosa... Oidme... yo no sabia nada de eso. Yo le diré á la reina madre: señora, lo siento mucho; pero nadie está obligado á hacer imposibles, y me parece que lo mejor que podemos hacer es volvernos á nuestras casas.

MARTA. Ni aun eso podemos ya; nuestra casa está allanada; varios piquetes se han acuartelado en ella: todo lo han saqueado, y si en este momento te presentases, hay órden de prenderte, y acaso...

BERTON. Pero eso es espantoso... es una arbitrariedad... una... ¿Y dónde nos esconderemos ahora?

MARTA. ¿Escondernos? ¿Cuando mi hijo está en peligro, cuando dicen que acaban de condenarle?

BERTON. ¿Es posible?

MARTA. Tú lo has querido; tú nos has metido en esto; á ti te toca ver cómo nos sacas; es preciso moverse, hacer algo...

BERTON. Eso quisiera yo... pero ¿cómo?

JUAN. Los trabajadores del puerto, los marineros noruegos están libres; esos no temen á nadie, y en dándoles oro...

MARTA. Dices bien... oro, oro... todo el que tenemos... tenemos oro todavía; lo hemos podido salvar. Cuanto tenemos.

BERTON. Pero advierte...

MARTA. ¿Dudas todavía?

BERTON. No; no dudo precisamente; no digo que no; pero... no digo tampoco que si.

JUAN. Entonces ¿qué decis, nuestro amo?

BERTON. Digo que es preciso esperar.

MARTA. ¡Esperar!... ¿Y quién os impide tomar un partido?

JUAN. Sois el jefe del pueblo.

BERTON. (*Encolerizado.*) ¡Pues ya se ve! ¡voto va! Soy el jefe del pueblo, y nadie me dice una palabra... no se me comunica una órden... ¡Esto es inconcebible!

ESCENA X.

Dichos, el UJIER.

UJIER. (*Dando á Berton un pliego.*) Al señor Berton Burkenstaf, de parte de la reina.

BERTON. ¡De la reina! ¡Ah! ¡Qué fortuna! (*Al ujier, que se va.*) Gracias, amigo... Hé aquí lo que esperaba para poner esto en movimiento.

MARTA *y* JUAN. ¿Qué es?

BERTON. ¡Silencio! No os lo decia; pero estaba así concertado con la reina: teniamos acá nuestro plan.

MARTA. Eso es otra cosa.

BERTON. Veamos... en primer lugar... (*Leyendo aparte.*) «Mi querido Berton.»—¡Bravo!—«Os confio, como á jefe del pueblo, esta órden del rey...»—¡Del rey! ¿Es posible?—«Vos mismo os encargareis de que quede entregada.»—¡Por supuesto! ¡Vaya!—«Hecho lo cual, y sin entrar en ningun detalle ni declaracion, os retirareis, saldreis de palacio, y os mantendreis oculto.»—Se hará todo

exactamente.—«Y mañana al amanecer, si veis ondear el pabellon real sobre las torres de Cristiamborg, recorred la ciudad acompañado de los amigos de que podais disponer, gritando: ¡Viva el rey!»—Ya está todo dicho.—«Romped en el acto este billete.» (*Rompiéndole.*) Ya está hecho.

MARTA *y* JUAN. Y bien, ¿qué hay?

BERTON. ¡Silencio, mujer; silencio! los secretos de estado no os importan; básteos saber por ahora que sé lo que tengo que hacer... A ver... veamos... (*Cogiendo el pliego cerrado.*) «A Berton Burkenstaf, para entregar al general Koller.»

MARTA. ¡Koller!

BERTON. ¿Quién diablos es este?... ¡Ah! ya sé... uno de los nuestros, de quien nos hablaba la reina esta mañana... ¿no te acuerdas?

MARTA. Es verdad.

BERTON. Pronto lo recibirá. Por lo que á nosotros toca, debemos salir de aquí con el mayor secreto, y mantenernos escondidos toda la noche...

MARTA. ¿Qué dices?

BERTON. Silencio he dicho; es nuestro plan. (*A Juan.*) Tú, esta noche reunirás á los marineros noruegos de que nos hablabas; les darás oro, mucho oro; luego me lo pagarán... en honores y dignidades... Al amanecer vendreis todos á reuniros conmigo, y entonces...

MARTA. ¿Se salvará de esa manera á nuestro hijo?

BERTON. ¡Brava pregunta!... Si, mujer, si; de esa manera se salvará... y yo seré consejero, tendré un gran destino... gordo, gordo... y Juan tambien... otro mas pequeño.

JUAN. ¿Cuál? á ver...

BERTON. Por el pronto yo te prometo algo... Pero estamos perdiendo un tiempo precioso, y ¡tengo tantas cosas en la cabeza! Cuando uno tiene que hacerlo todo... no sabe uno por dónde empezar... ¡Ah! lo primero es esta carta para el señor Koller... Venid conmigo; seguidme.

ESCENA XI.

JUAN, MARTA, BERTON, KOLLER.

KOLLER. (*Viendo á Berton.*) ¿Qué veo? ¿qué haceis aquí? ¿quién sois?

BERTON. ¿Qué os importa? Estoy en la cámara de la reina, y estoy en ella de órden suya. Y vos, ¿quién sois para interrogarme?

KOLLER. El coronel Koller.

BERTON. ¡Koller!... ¡Qué fortuna! Y yo soy Berton Burkenstaf, jefe del pueblo.

KOLLER. ¿Y os atreveis á poner los piés en este palacio despues de dada la órden de vuestra prision?

MARTA. ¡Cielos!

BERTON. Mujer, no tengas cuidado. (*A Koller á media voz.*) Sé que con vos estoy seguro; somos de la misma camada... nos entendemos... sois de los nuestros.

KOLLER. (*Con desprecio.*) ¡Yo!

BERTON. (*A media voz.*) Hé aquí la prueba: un pliego que tengo encargo de entregaros de parte del rey.

KOLLER. ¡Del rey!... ¿Es posible?... ¿qué significa esto? (*Recorre la carta.*) ¡Cielos! ¡esta órden!...

BERTON. (*A su mujer.*) ¿Qué tal? ¿Le ha hecho efecto?

KOLLER. ¡Cristiano!... es de su puño... indudablemente... su firma... ¿Podreis esplicarme, caballero, por qué casualidad?...

BERTON. (*Gravemente.*) No entraré en ningun detalle ni aclaracion; es la órden del rey; ya sabeis lo que teneis que hacer... y yo tambien... Me voy.

MARTA. (*Deteniéndole.*) Berton, pero... ¿qué dice ese papel?

BERTON. No te importa: no puedes saberlo. (*A su mujer y á Juan.*) Vamos.

JUAN. Tendré un destino... ¡oh! ¡y bueno!... de lo contrario... Os sigo, nuestro amo. (*Vanse por la izquierda, escalera secreta.*)

ESCENA XII.

RANTZAU *entra por la izquierda*; KOLLER, *en pié, pensativo, con la carta en la mano.*

KOLLER. ¡Dios mio! ¡El conde de Rantzau!

RANTZAU. Parece que el señor coronel está muy meditabundo.

KOLLER. (*Llegando á él.*) Vuestra presencia, señor conde, me colma ahora mas que nunca de placer, y podeis asegurar al consejo de regencia...

RANTZAU. No soy del consejo ya; he dado mi dimision.

KOLLER. (*Asombrado y aparte.*) ¡Su dimision!... ¡es decir que el otro partido va de capa caida! (*Alto.*) Tanto me sorprende eso como la órden que acabo de recibir.

RANTZAU. ¿Una órden?... ¿y de quién?

KOLLER. (*A media voz.*) Del rey.

RANTZAU. No es posible.

KOLLER. Precisamente en el momento en que, cumpliendo con la órden del consejo, venia á prender á la reina madre, el rey, que tanto tiempo há no se metia en asuntos del gobierno, ni en negocios de estado, el rey, que habia depositado al parecer toda su autoridad en el primer ministro, me manda á mi, Koller, su fiel vasallo, que prenda esta noche misma á Estruansé y á su mujer.

RANTZAU. (*Friamente, examinando el papel.*) Es la firma de nuestro único y legítimo soberano Cristiano VII, rey de Dinamarca.

KOLLER. ¿Y qué os parece?

RANTZAU. Eso iba yo á preguntaros; porque al fin, la órden no se dirige á mi, sino á vos.

KOLLER. (*Inquieto.*) Cierto; pero en la alternativa de haber de obedecer al rey ó al consejo de regencia, ¿qué hariais vos en mi lugar?

RANTZAU. ¿Qué haria yo?... En primer lugar no pediria consejos á nadie.

KOLLER. Obrariais; pero ¿en qué sentido?

RANTZAU. (*Friamente.*) Eso es cuenta vuestra. Como vuestro interés es el que os guia constantemente, meditadlo, calculadlo todo, y ved cuál de los dos partidos os ofrece mas ventajas...

KOLLER. ¡Señor conde!

RANTZAU. Creo que es eso lo que me preguntais, y yo empezaria por aconsejaros que leyeseis con detencion el sobre de esa carta; dice, si no me engaño: «al general Koller.»

KOLLER. (*Aparte.*) ¡Al general! ¡Ese título que tantas veces me han negado! (*Alto.*) ¡Yo general!

RANTZAU. (*Con dignidad.*) Nada mas justo; un rey premia á los que le sirven, asi como castiga á los que le desobedecen.

KOLLER. (*Lentamente y mirándole.*) Para premiar y castigar, es preciso tener poder: ¿lo tiene?

RANTZAU. (*En el mismo tono.*) ¿Quién os ha entregado esa órden?

KOLLER. Berton Burkenstaf, que se llama jefe del pueblo.

RANTZAU. Eso podria probar que existe en el pueblo un partido dispuesto á pronunciarse, y con el cual podriais contar.

KOLLER. (*Vivamente.*) ¿V. E. puede asegurármelo?

RANTZAU. (*Friamente.*) Nada tengo que deciros; vos no sois amigo mio. Yo no lo soy vuestro; no tengo necesidad de trabajar para vuestro engrandecimiento.

KOLLER. Entiendo... (*Despues de una pausa y acercándose á Rantzau.*) Como fiel vasallo, quisiera obedecer las órdenes del rey... en primer lugar es mi deber; pero ¿y los medios de ejecucion?...

RANTZAU. (*Lentamente.*) Facilísimos... la guardia del palacio os está confiada; disponeis vos solo de los soldados...

KOLLER. (*Vacilando.*) Sí; pero ¿y si sale mal?...

RANTZAU. Y bien, ¿qué puede suceder?

KOLLER. Nada; que mañana Estruansé me haga ahorcar ó fusilar.

RANTZAU. (*Volviéndose, con firmeza.*) ¿Eso es lo que os detiene?

KOLLER. (*Id.*) Eso.

RANTZAU. (*Id.*) ¿No teneis ningun otro reparo?

KOLLER. Ninguno.

RANTZAU. En ese caso, tranquilizaos; de todos modos eso no puede dejar de sucederos.

KOLLER. ¿Qué quereis decir?

RANTZAU. Que si mañana Estruansé es poderoso todavia, os hará prender y condenar en veinte y cuatro horas.

KOLLER. ¿Con qué pretesto? ¿Por qué delito?

RANTZAU. (*Enseñándole cartas, que vuelve á guardar inmediatamente.*) ¿No bastan estas cartas escritas por vos á la reina madre, estas cartas que encierran la primera idea del complot que debe estallar hoy, y en las cuales verá Estruansé que ayer mismo en el acto de servirle le vendiais?

KOLLER. ¡Señor conde, quereis perderme!

RANTZAU. No por cierto; de vos pende que estas pruebas de vuestra traicion se conviertan en pruebas de fidelidad.

KOLLER. ¿De qué manera?

RANTZAU. Obedeciendo á vuestro soberano.

KOLLER. (*Furioso.*) Pero, en fin, ¿estais por el rey? ¿Obrais en su nombre?

RANTZAU. (*Con altaneria.*) No tengo que daros cuenta de mis acciones; no me hallo en vuestro poder, y vos estais en el mio; cuando os oí ayer denunciar al consejo á unos desgraciados de quien erais cómplice, nada dije, no os arranqué la máscara: os protegí, al contrario, con mi silencio; me convenia así entonces; en el dia ya no me conviene; y puesto que me habeis pedido consejos, os quiero dar uno. (*Con tono importante y á media voz.*) Ejecutad las órdenes de vuestro rey; prended esta misma noche, en medio del baile que se dispone, á Estruansé y á la condesa; ó sino...

KOLLER. (*En la mayor agitacion.*) Enhorabuena: decidme únicamente que esta causa es la vuestra en lo sucesivo, que sois uno de los jefes, y acepto.

RANTZAU. Eso es cuenta vuestra. Esta noche el castigo de Estruansé, ó el vuestro mañana. Mañana sereis general... ó fusilado... escoged. (*Da un paso para salir.*)

KOLLER. (*Deteniéndole.*) ¡Señor conde!...

RANTZAU. ¿Qué resolveis, coronel?

KOLLER. Obedeceré.

RANTZAU. ¡Bien! (*Con intencion.*) ¡Adios, general! (*Vase por la izquierda y Koller por el foro.*)

CAE EL TELON.

ACTO QUINTO.

Salon del palacio de Falklend.—A cada lado una gran puerta; en el fondo otras y dos vidrieras de otros tantos balcones.—A la izquierda, en primer término, una mesa y recado de escribir. —Sobre la mesa dos bujías encendidas.

ESCENA I.

CAROLINA, *envuelta en una capa y debajo un traje de baile;* FALKLEND.

FALKLEND. (*Dando un abrazo á su hija.*) ¿Cómo estás ya?

CAROLINA. Gracias, señor; estoy mejor.

FALKLEND. Tu estraordinaria palidez me habia asustado; crei que te caias en medio del baile, delante de todo el mundo.

CAROLINA. Ya sabeis que yo hubiera preferido estarme aquí; pero vos, á pesar de mis ruegos, habeis querido que fuese.

FALKLEND. Cierto: ¿qué no se hubiera dicho de tu ausencia?... ¿No era bastante que se hubiese enterado ayer todo el mundo de tu turbacion cuando encontraron en casa á ese jóven?... No era cosa, me parece, de que creyesen las gentes que tus penas te impedian asistir á la fiesta.

CAROLINA. ¡Padre mio!

FALKLEND. Que estaba por cierto magnífica. ¡Qué lujo! ¡Qué suntuosidad! ¡Qué multitud! No necesito mas pruebas de la seguridad, de la firmeza de nuestro poder: por fin hemos fijado la suerte; nunca ha estado la condesa mas seductora; ¡se veia brillar en sus ojos el orgullo del triunfo!... A propósito, ¿has reparado en el baron de Geler?

CAROLINA. No, señor.

FALKLEND. ¿Cómo no? Ha abierto el baile con la condesa, y parecia todavia mas satisfecho de esta predileccion que de su nueva dignidad de ministro; porque le han nombrado... Sucede inmediatamente al conde de Rantzau, que á fuer de hábil nos deja, y se va cuando viene la fortuna.

CAROLINA. No son muchos capaces de hacer otro tanto.

FALKLEND. Sí... ¡siempre le ha gustado singularizarse! Así es que no le hemos tomado por eso ningun rencor. Que se retire, que haga sitio á otros; ha concluido; y la córte, que teme su talento... se ha considerado muy afortunada en darle un sucesor...

CAROLINA. A quien no teme.

FALKLEND. ¡Precisamente! ¡á un caballero muy amable y galante como mi yerno!

CAROLINA. ¡Vuestro yerno!

FALKLEND. (*Con severidad y mirando á Carolina.*) ¡Sin duda!

CAROLINA. (*Con timidez.*) Mañana os hablaré, señor, acerca del baron.

FALKLEND. ¿Y por qué no ahora mismo?

CAROLINA. Es tarde; la noche está muy adelantada... y además no estoy enteramente restablecida de la conmocion que he esperimentado.

FALKLEND. Pero ¿cuál ha sido la causa de esa conmocion?

CAROLINA. ¡Ah! eso sí puedo deciroslo. Nunca me he hallado tan sola ni tan aislada como en esa fiesta, y al notar la alegría que brillaba en todos los semblantes, no podia creer que á algunos pasos de allí seres desgraciados gemian acaso entre cadenas... Perdonadme, padre mio; esta idea era superior á mis fuerzas, y me perseguia por todas partes. Cuando el marqués de Osten se acercó á Estruansé, que estaba á mi lado, y le habló al oido, no entendí bien lo que dijo; pero Estruansé parecia estar impaciente, y por fin se levantó diciendo: «Es tiempo perdido, señor marqués; no puede haber piedad para los delitos de alta traicion; no lo olvideis.» El marqués entonces se inclinó, respondiéndole: «No lo olvidaré, escelentísimo señor, y acaso no tardaré en tener ocasion de recordároslo »

FALKLEND. ¡Qué insolencia!

CAROLINA. Este incidente habia reunido algunas personas á nuestro alrededor, y oí confusamente estas palabras: «El ministro tiene razon: es preciso hacer un ejemplar.» «Sí, decian otros, ¡pero condenarle á muerte!...» ¡Condenarle! al oir esta palabra, un frio mortal se difundió por mis venas; se me puso un velo delante de los ojos, y sentí que mis fuerzas me abandonaban.

FALKLEND. Felizmente estaba yo cerca de ti.

CAROLINA. Sí; era un terror absurdo y quimérico, lo conozco; pero ¿qué quereis? Encerrada hoy todo el dia en mi cuarto, á nadie habia visto ni preguntado... Hay un nombre que no me atrevo á pronunciar en vuestra presencia; pero... ¿no es verdad que él no tiene por qué temer?

FALKLEND. Seguramente... que no... tranquilízate.

CAROLINA. Eso he dicho yo... es imposible.., Por otra parte le prendieron ayer, no pueden haberle condenado hoy, y los pasos que habrán dado los suyos, vuestra influencia misma, padre mio...

FALKLEND. Por supuesto: como tú has dicho muy bien, mañana, querida mia, hablaremos de eso. Me retiro; te dejo.

CAROLINA. ¿Volveis al baile?

FALKLEND. No: he dejado en él á Geler, que hará nuestras veces perfectamente, y que bailará probablemente toda la noche... No puede tardar mucho en amanecer; ya no me acuesto; voy á mi despacho á trabajar. ¡Hola! (*Jorge aparece en el fondo, y otro criado que toma una bujía.*) Vamos, hija mia, valor, ánimo... Buenas noches, buenas noches. (*Sale seguido del criado.*)

ESCENA II.

CAROLINA, JORGE.

CAROLINA. ¡Respiro! me habia asustado sin razon; se trataria de otro sin duda. ¡Ah! Se me figura que todos deben estar como yo, y no pensar mas que en él...

JORGE. Señorita...

CAROLINA. ¿Qué hay, Jorge?

JORGE. Hace gran rato que está ahí esperando una mujer que da lástima por cierto. Dice que aunque le cueste esperar toda la noche, está resuelta á no salir de la casa sin haber hablado á la señorita privadamente.

CAROLINA. ¿A mí?

JORGE. Me ha suplicado que os pase el recado...

CAROLINA. ¡Que entre!... Aunque estoy muy cansada, la recibiré.

JORGE. (*Que ha ido á buscar á Marta.*) Aquí tiene V., buena señora... aquí está la señorita: despachaos, que es tarde. (*Vase.*)

ESCENA III.

MARTA, CAROLINA.

MARTA. Mil perdones, señorita, por atreverme á estas horas...

CAROLINA. ¡Señora Burkenstaf!... (*Corriendo á ella y cogiéndole las manos.*) ¡Ah! ¡cuánto me alegro de haberos recibido!... ¡qué dichosa soy cuando os veo! (*Aparte con alegría y ternura.*) ¡Es su madre! (*Alto.*) ¿Venis á hablarme de Eduardo?

MARTA. ¡Ah! señorita, en medio de mi desesperacion ¿puedo hablar por ventura de otra cosa... que de mi hijo... de mi pobre hijo?... Vengo de verle.

CAROLINA. (*Con viveza.*) ¿Le habeis visto?

MARTA. (*Llorando.*) ¡Vengo de abrazarle, señorita... por la última vez!

CAROLINA. ¿Qué decis?

MARTA. Le han notificado esta tarde su sentencia.

CAROLINA. ¿Qué sentencia? ¿qué quiere decir eso?

MARTA. (*Con alegría.*) ¿Lo ignorabais, señora?... ¡Ah! ¡tanto mejor! de otra suerte no hubierais estado en este baile, ¿no es verdad? Por elevada que sea vuestra clase, por grande que fuera el compromiso, no habriais podido divertiros cuando el que tanto os ha querido está condenado á muerte...

CAROLINA. (*Dando un grito.*) ¡Ah! (*Con delirio.*) ¡Con que decian la verdad!... hablaban de él... y mi padre me ha engañado. (*A Marta.*) ¡Le han condenado!

MARTA. Sí, señorita... Estruansé lo ha firmado, la condesa lo ha consentido. ¿Podeis concebirlo, señora? ¡Y es madre sin embargo!... ¡tiene un hijo!

CAROLINA. Serenaos, señora... yo tengo alguna esperanza todavia.

MARTA. Yo pongo en vos todas las mias... Mi marido tiene proyectos que no quiere esplicarme... no debiera deciros... pero vos no me vendereis... entre tanto no se atreve á presentarse... está escondido... sus amigos no darán la cara, ó la darán muy tarde... y yo, en medio de mi dolor, ¿qué puedo intentar? ¿Qué puedo hacer? Si todo se redujese á morir... nada os pediria, ya estaria mi hijo en libertad. He corrido á su calabozo, he dado tanto oro, que los he reducido á que me vendiesen el placer de abrazarle; le he estrechado contra mi corazon... le he hablado de mi desesperacion, de mis temores... Pero ¡ah! ¡él no me ha hablado sino de vos!

CAROLINA. ¡Eduardo!

MARTA. Sí, señora; el ingrato, al consolarme, pensaba en vos. «Espero, me decia, que ignorará mi suerte, que no sabrá nada... porque felizmente será al amanecer... al rayar el dia...»

CAROLINA. ¿El qué?

MARTA. (*Con delirio.*) ¿No os lo he dicho, señora, ó no lo habeis adivinado por mi desesperacion?... Dentro de poco, de aquí á algunos instantes, es cuando van á matar á mi hijo...

CAROLINA. ¡A matarle!

MARTA. Sí, á matarle, sí, ahí, en esa plaza, debajo de vuestros balcones le van á conducir... Entonces en el delirio que se apoderó de mi alma, me desasí de sus brazos, y

desoyendo sus ruegos, he corrido aqui para deciros: Le van á matar... amparadle... Pero vos no estabais aqui, y he esperado... ¡Ah! ¡qué horrible suplicio! ¡Considerad si habré sufrido contando los minutos de esta noche que deseaba y temia abreviar!... Pero ya estais aqui; ya os veo: vamos juntas á arrojarnos á los pies de vuestro padre, á los pies de la condesa... ella lo puede todo... pediremos el perdon de mi hijo.

CAROLINA. Os lo prometo.

MARTA. Vos le direis que no es culpable; no lo es, y os lo juro; nunca ha pensado en complot ni en rebeliones; nunca ha pensado en conspirar; ¡él no pensaba en nada sino en amaros!

CAROLINA. Lo sé, lo sé, y su amor es lo que le ha perdido: por mi, por salvarme moriria... ¡Oh! no; no puede ser... Tranquilizaos; yo os respondo de su vida.

MARTA. ¡Es posible!

CAROLINA. Si, señora, si; una persona quedará perdida, pero no será él.

MARTA. ¿Qué quereis decir?

CAROLINA. ¡Nada!... ¡nada!... Volveos á vuestra casa: partid; dentro de alguno instantes obtendrá su perdon; ¡se salvará!... descuidad en mi celo...

MARTA. (*Vacilando.*) Pero... sin embargo...

CAROLINA. En mi palabra... en mis juramentos.

MARTA. Pero...

CAROLINA. (*Fuera de sí.*) Pues bien... ¡en mi ternura... en mi amor! ¿Me creeis ahora?

MARTA. (*Asombrada.*) ¡Cielos!... Si, señorila, sí... ya no tengo miedo. (*Dando un grito y señalando á la vidriera.*) ¡Ah!

CAROLINA. ¿Qué teneis?

MARTA. ¡Se me figuró que amanecia!... No; á Dios gracias es noche todavia. Dios os proteja y os pague algun dia lo dichosa que me haceis... ¡Adios... adios!... (*Vase.*)

ESCENA IV.

CAROLINA, *agitada.*

Diré la verdad; diré que no es culpable; publicaré á gritos que se ha acusado á si mismo para no comprometerme y para salvar mi reputacion. Y yo... (*Deteniéndose.*) ¡Oh! ¡yo... perdida, deshonrada para siempre!... ¿Y qué? ¿de qué me sirve pensar en eso? Es forzoso: no puedo permitir su muerte. El por amor me daba su vida... y yo por amor... le daré mas todavia. (*Sentándose.*) Si, si; escribamos; pero ¿á quién confiarme? ¿á mi padre?... ¡Oh! no: ¿á Estruansé? menos: delante de mi ha dicho que no perdonaria jamás... pero á la condesa... es mujer, me comprenderá... por otra parte... yo no queria creerlo... ¡pero si, como dicen, es amada, si ama!... ¡Dios mio! ¡haz que sea cierto! tendrá lástima de mi, y no me culpará; (*Escribiendo rápidamente.*) demonos prisa; esta declaracion solemne no dejará duda alguna acerca de su inocencia... Carolina de Falklend... (*Dejando caer la pluma.*) ¡Ah! mi oprobio, mi deshonra es lo que firmo... (*Plegando la carta.*) No pensemos en eso... no nos acordemos de nada... los momentos son preciosos... y á estas horas... ¿De qué medio me valdré?... ¡Ah! por su camarera... enviándole á Jorge, que es de toda confianza... Si, es el único medio de hacer que llegue pronto esta carta á su destino.

ESCENA V.

CAROLINA, FALKLEND.

FALKLEND. (*Ha oido las últimas palabras, se pone delante de ella, y le coge la carta.*) ¡Una carta! ¿para quién?

CAROLINA. (*Con espanto.*) ¡Mi padre!

FALKLEND. «A la señora condesa Estruansé.» Vaya, no os turbeis de esa manera; puesto que teneis tanto interés en que esta carta llegue á manos de la condesa... yo se la entregaré... pero parécemе que tengo derecho para saber lo que mi hija escribe, y me permitireis... (*Queriendo abrir la carta.*)

CAROLINA. (*Con tono deprecatorio.*) Señor...

FALKLEND. (*Abriendo.*) Me lo permitis... (*La lee.*) ¡Cielos! Eduardo Burkenstaf estaba aqui por vos, oculto en vuestro cuarto, y en presencia de todo el mundo ha sido descubierto...

CAROLINA. Si, si; ¡esa es la verdad! ¡Abrumadme con vuestro enojo! No soy culpable, ni indigna de vos, no; os lo juro: bastante es ya que mi imprudencia haya podido comprometeros; ni trato de justificarme, ni de evitar reconvenciones que tengo tan merecidas; pero he sabido, y vos me lo ocultabais, que está condenado á muerte, que victima de su generosidad, va á perecer por salvar mi honor; entonces he creido que comprarle á ese precio era perderle para siempre... he querido ahorrarme á mi remordimientos... á vos un crimen... ¡He escrito!

FALKLEND. ¡Firmar una confesion de esta especie! ¡y por medio de este testimonio que va á hacerse, que debe ser público, atestiguar á los ojos de la condesa, del primer ministro, de la córte entera, que la condesa de Falklend, ciega por un comerciante, ha comprometido por él su clase, su cuna, su padre, que demasiado espuesto ya á los tiros de la calumnia y de la sátira se va á ver abrumado ahora, y va á sucumbir bajo sus golpes! No; este escrito, padron de nuestra infamia y de nuestra ruina.no verá la luz pública.

CAROLINA. ¿Qué osais decir, señor? ¿No os opondreis á esa sentencia?

FALKLEND. No soy yo el único que la ha firmado.

CAROLINA. Pero si sois el único sabedor de su inocencia; si os negais á enviar esa esquela á la condesa, corro á echarme a sus piés... pertenezco á su casa... Si, señor, si, por vuestro honor, por vuestra tranquilidad, yo le gritaré: ¡perdon, señora!... ¡salvad á Eduardo, y salvad sobre todo á mi padre!

FALKLEND. (*Deteniéndola.*) ¡No! ¡no ireis!... no saldreis de aqui.

CAROLINA. (*Asustada.*) ¡Espero que no tratareis de detenerme por fuerza!

FALKLEND. Quiero, á pesar vuestro, impedir vuestra perdicion, y no os separareis de mi... (*Cierra la puerta del foro. Carolina le sigue para detenerle, pero dirige una mirada á la vidriera, y da un grito.*)

CAROLINA. ¡Ah! ¡la aurora, la aurora! hé aqui la hora de su suplicio; si os deteneis, no hay esperanza de salvarle; ¡solo nos quedarán nuestros remordimientos... padre mio! ¡Por Dios! os lo ruego á vuestros piés... ¡mi carta! ¡mi carta!

FALKLEND. Dejadme... levantaos.

CAROLINA. No; no me levantaré: he prometido su vida á su madre, y cuando venga á pedirme á su hijo, á quien

vos habreis muerto, y á quien yo amo... (*Ademan de cólera de Falklend. Carolina se levanta rápidamente.*) No; bien; no le amo ya; le olvidaré... faltaré á todos mis juramentos... seré la esposa de Geler... os obedeceré... (*Dando un grito.*) ¡Ah! ese redoble, ese ruido de armas... (*Corre á la ventana.*) ¡Soldados! ¡un preso! ¡él es... le llevan al suplicio! ¡Mi carta! ¡mi carta! ¡presto; enviadla! Acaso es tiempo todavía.

FALKLEND. Compadezco tu locura; hé aquí mi respuesta. (*Rompe la carta.*)

CAROLINA. ¡Ah! ¡esto ya es demasiado! Vuestra crueldad rompe todos los vínculos que me unian á vos. Si; le amo; sí, y nunca amaré á otro... Si perece, yo no le sobreviviré... le seguiré... Su madre al menos quedará vengada, y vos, como ella, os quedareis sin hija.

FALKLEND. ¡Carolina! (*Se oye ruido fuera*)

CAROLINA. (*Con energía.*) Oidme empero... oidme con atencion: si ese pueblo que se indigna y que murmura se sublevase aun para salvarle, si el cielo... la fortuna... ¿quién sabe? la casualidad tal vez, menos cruel que vos, le sustrajese á vuestra venganza, os declaro aquí que no habrá poder en el mundo, ni aun el vuestro, que me impida ser suya: lo juro. (*Se oye un redoble mas fuerte y gritos en la calle: Carolina da un grito y cae sobre un sillon ocultando su cara con las manos. En aquel momento llaman á la puerta del foro. Falklend va á abrir.*)

ESCENA VI.

CAROLINA, FALKLEND, RANTZAU.

FALKLEND. (*Asombrado.*) ¡El conde de Rantzau en mi casa á estas horas!

CAROLINA. (*Corriendo hácia él toda llorosa.*) ¡Ah! señor conde, hablad... ¿es cierto?... el desdichado Eduardo...

FALKLEND. Silencio, Carolina.

CAROLINA. (*Fuera de sí.*) ¿Qué consideraciones he de tener ya ahora? Si, señor conde, yo le amaba, yo soy la causa de su muerte, y yo me castigaré.

RANTZAU. (*Sonriéndose.*) Perdonad; no sois tan delincuente como creeis; Eduardo existe todavía.

CAROLINA y FALKLEND. ¡Cielos!

CAROLINA. Y ese ruido que hemos oido...

RANTZAU. Le causaban los soldados que le han salvado.

FALKLEND. (*Queriendo salir.*) No puede ser; y mi presencia...

RANTZAU. Pudiera aumentar acaso el peligro; así es que yo, que no soy nada, que nada aventuro, acudia á vuestro lado, querido y antiguo colega.

FALKLEND. ¿Por qué razon?

RANTZAU. Para ofreceros á vos y á vuestra hija un asilo en mi casa.

FALKLEND. (*Estupefacto.*) ¡Vos!

CAROLINA. ¿Es posible?

RANTZAU. ¡Eso os asombra! ¿No hubierais vos hecho otro tanto por mí?

FALKLEND. Os doy gracias por vuestra generosidad, pero antes de todo quisiera saber... ¡Ah! ¡el baron de Geler! Y bien, amigo mio, ¿qué hay? hablad presto.

ESCENA VII.

CAROLINA, RANTZAU, FALKLEND, GELER.

GELER. ¿Qué diablos sé yo? es un desórden, una confusion. Por mas que pregunto, como vos, ¿qué hay? ¿cómo se ha compuesto esto?... todos me preguntan, y nadie me responde.

FALKLEND. Pero vos estabais allí... en palacio...

GELER. Ya se ve que estaba; he abierto el baile con la condesa, y poco tiempo despues de haberse retirado S. E., estaba yo bailando el nuevo minué de la córte con la de Thornston, cuando entre los grupos que nos miraban empiezo á notar una distraccion que no era natural; no nos miraban ya, hablábanse unos á otros en voz baja, circulaba por los salones un murmullo sordo y prolongado; dábanse prisa todos á recoger sus pieles y sus capas, y á tomar sus coches... ¿Qué es eso? ¿Qué hay? Se lo pregunto á mi pareja, que está de todo tan inocente como yo; y por fin sé por un lacayo pálido y consternado, que la condesa acaba de ser presa en su cuarto de órden del rey.

FALKLEND. ¡De órden del rey!... pues ¿y Estruansé?

GELER. Preso tambien, de vuelta del baile.

FALKLEND. (*Con impaciencia*) ¿Y Koller, ¡santo Dios! Koller, á quien estaba confiada la guardia del palacio?

GELER. Eso es lo mas sorprendente y lo que me hace dudar de todo. Añaden que esas dos prisiones han sido ejecutadas, ¿por quién direis? por Koller mismo, portador de una órden del rey.

FALKLEND. ¿El... Koller... vendernos? Es imposible.

GELER. (*A Rantzau.*) Eso es lo que yo he dicho; no es posible; pero entre tanto se dice, se repite: la guardia del palacio grita: ¡*Viva el rey*! el pueblo, sublevado por Berton Burkenstaf y sus amigos, grita mas fuerte todavía; las demás tropas que habian hecho resistencia en un principio, hacen á la hora esta causa comun con ellos; por fin, yo no he podido entrar en mi casa, delante de la cual he visto un grupo amotinado, y me vengo aquí, no sin riesgo, y conforme me ha pillado, en traje de baile.

RANTZAU. En la actualidad menos peligroso es ese traje que el de ministro.

GELER. De ayer acá no han tenido tiempo de hacerme mio.

RANTZAU. Podeis ahorraros ese dinero. ¿Qué os decia yo ayer? Todavía no hace veinte y cuatro horas, y ya no sois ministro.

GELER. ¡Señor conde!

RANTZAU. Lo habeis sido para bailar una contradanza, y despues de un trabajo de esta especie necesitareis algun descanso; os lo ofrezco en mi casa... (*Con viveza.*) así como á todos los demás, pues es el único asilo donde podeis estar actualmente seguros; y no hay tiempo que perder. ¿Ois los gritos de esos furiosos? Venid, señorita, venid... seguidme todos y vamos. (*En este momento se abren violentamente las dos vidrieras del fondo. Juan y varios marineros y hombres del pueblo aparecen en el balcon armados de carabinas.*)

ESCENA VIII.

JUAN, RANTZAU, CAROLINA, FALKLEND, GELER.

JUAN. (*Apuntando*) Alto ahí, escelentísimos señores; ¿adónde bueno?

CAROLINA. (*Dando un grito y rodeando á su padre con sus brazos.*) ¡Ah, señor, soy siempre vuestra hija! lo soy al menos para morir con vos.

JUAN. ¡Encomendad vuestra alma á Dios!

ESCENA IX.

JUAN, RANTZAU, EDUARDO, *con el brazo izquierdo suspendido, arrojándose por la puerta del foro, y poniéndose delante de* CAROLINA, FALKLEND *y* GELER.

EDUARDO. (*A Juan y sus compañeros, que acaban de saltar á la habitacion.*) Deteneos... no haya muertes... no haya sangre... caigan del poder: eso basta. (*Señalando á Carolina, Falklend y Geler.*) A costa de mi vida los defenderé; ¡yo los protejo! (*Viendo á Rantzau y corriendo á él.*) ¡Ah! ¡mi libertador! ¡mi dios tutelar!

FALKLEND. (*Admirado.*) ¡El... el conde de Rantzau!

JUAN *y sus compañeros inclinándose.* ¡El conde de Rantzau! eso es otra cosa; es el amigo del pueblo; es de los nuestros.

GELER. ¡Es posible!

RANTZAU. (*A Falklend, Geler y Carolina.*) Sí, señor; amigo de todo el mundo... Preguntádselo sino al general Koller, y á su digno aliado el señor Berton de Burkenstaf.

TODOS. (*Gritando.*) ¡Viva Berton Burkenstaf!

ESCENA X.

JUAN *y sus compañeros*; EDUARDO, MARTA, *entrando la primera y abalanzándose á su hijo, á quien abraza*; BERTON, *rodeado del pueblo;* RANTZAU, CAROLINA, FALKLEND, GELER; *detrás de ellos* KOLLER, *y en el fondo pueblo, soldados, magistrados, gentes de la córte.*

MARTA. (*Abrazando á Eduardo.*) ¡Mi hijo!... ¡herido! ¡está herido!

EDUARDO. No, madre mia, no es nada. (*Le abraza varias veces mientras que el pueblo grita:* ¡Viva Berton Burkenstaf!)

BERTON. Sí, amigos mios, sí; por fin hemos triunfado; gracias á mi, que en servicio del rey todo lo he conducido y dirigido; me glorio de ello.

TODOS. ¡Viva!

BERTON. (*A su mujer.*) ¿Lo oyes, mujer? Ha vuelto el favor.

MARTA. ¿Qué me importa á mí?.. Ya no pido nada; ya tengo á mi hijo.

BERTON. ¡Silencio, señores, silencio!... Tengo aquí las órdenes del rey, órdenes que acabo de recibir en este instante; nuestro augusto soberano tenia puesta en mi toda su confianza.

JUAN. (*A sus compañeros.*) ¡Tiene razon el rey! (*Señalando á su amo, que saca de la faltriquera la órden.*) Parece que no, pero ¡qué cabeza! Ya sabia él lo que se hacia cuando tiraba el oro á manos llenas... (*Con alegría.*) Porque de veinte mil florines, no le queda nada, ni un rixdaler.

BERTON. (*Abriendo el pliego, y haciéndole señas para que calle.*) ¡Juan!...

JUAN. Bien, nuestro amo. (*A sus compañeros.*) Y si la cosa hubiera salido al revés, todos hubiéramos olido á cordel, él, su hijo, su familia, y los mancebos de su tienda.

BERTON. Juan, ¡silencio!

JUAN. Bien, nuestro amo. (*Gritando.*) ¡Viva Burkenstaf!

BERTON. (*Con satisfaccion.*) Bien está, amigos mios, bien; pero escuchad. (*Leyendo.*) «Nos Cristiano VII, rey de Dinamarca, á nuestros fieles vasallos y habitantes de Copenhague, salud. Despues de haber castigado la traicion, réstanos recompensar la fidelidad en la persona del conde Beltran de Rantzau, á quien, bajo la regencia de nuestra madre la reina Maria Julia, nombramos nuestro primer ministro.»

RANTZAU. (*Con aire modesto.*) ¡Yo! que pretendo retirarme de los negocios...

BERTON. (*Con severidad.*) ¡Imposible, señor conde! el rey lo manda; es preciso obedecer... Dejadme acabar, os ruego. (*Leyendo.*) «En la persona del conde Beltran de Rantzau... á quien nombramos nuestro primer ministro, (*Con énfasis.*) y en la de Berton Burkenstaf, comerciante de Copenhague, á quien nombramos en nuestra casa real (*Bajando la voz.*) primer mercader de sedas y proveedor de la corona.»

TODOS. ¡Viva el rey!

JUAN. ¡Magnífico! Pondremos las armas reales sobre nuestra tienda.

BERTON. (*Haciendo un gesto.*) ¡Linda recompensa!... ¡y al precio que esto me cuesta!...

JUAN. Y yo, aquel destinillo que me habiais prometido.

BERTON. ¡Déjame en paz!

JUAN. (*A sus compañeros.*) ¡Qué ingratitud!... ¡Yo que lo he hecho todo... de esta suerte me pagan!

RANTZAU. Puesto que el rey lo exige, fuerza es obedecer, señores, y tomar uno sobre sus hombros una carga que harán mas ligera, como lo espero, (*A los magistrados.*) vuestros consejos, y el aprecio de mis conciudadanos. (*A Eduardo.*) Por lo que hace á vos, caballero, que en esta ocasion habeis corrido los mayores peligros... se os debe tambien alguna recompensa...

EDUARDO. (*Con franqueza.*) Ninguna, señor; ahora puedo deciroslo á vos, á vos solo... (*A media voz.*) Jamás he conspirado.

RANTZAU. (*Imponiéndole silencio.*) Bien, bien; esas cosas no se dicen nunca, sobre todo despues.

EDUARDO. El único premio... (*Señalando á Carolina.*)

CAROLINA. ¡Eduardo!

RANTZAU. Arreglaremos eso: mi antiguo colega acaso vencerá ahora su repugnancia.

BERTON. (*Aparte tristemente.*) ¡Proveedor de la corona!

MARTA. Ya debes estar contento... ¿No era eso lo que deseabas?

BERTON. ¡Qué diablos! yo lo era de hecho: sino que antes proveia á dos cortes, la de la reina madre y la condesa; y derribando á una, pierdo la mitad de mi parroquia.

MARTA. Y has aventurado tu fortuna, tus bienes, tu vida, la de tu hijo, que está herido... y acaso peligrosamente... y todo ¿para qué?

BERTON. (*Señalando á Rantzau y Koller.*) Para otros, que se llevan la prebenda.

MARTA. ¡Y luego haga V. conspiraciones!

BERTON. (*Alargándole la mano.*) Se acabó... En lo sucesivo las veré pasar, ¡y líeveme el diablo si me vuelvo á meter en otra!

TODO EL PUEBLO. (*Rodeando á Rantzau, é inclinándose delante de él.*) ¡Viva el conde de Rantzau!

FIN.